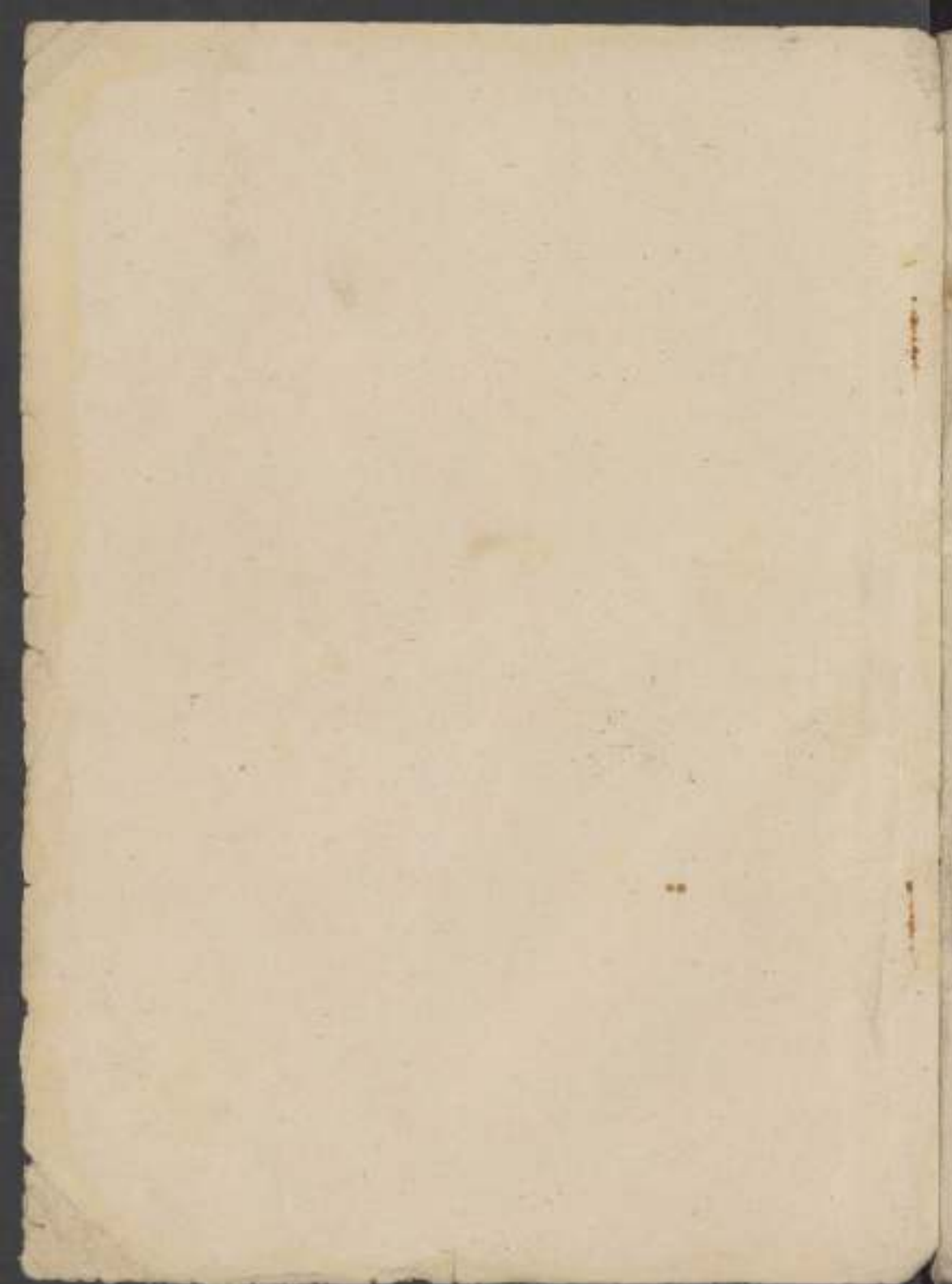


feliz y enamorada

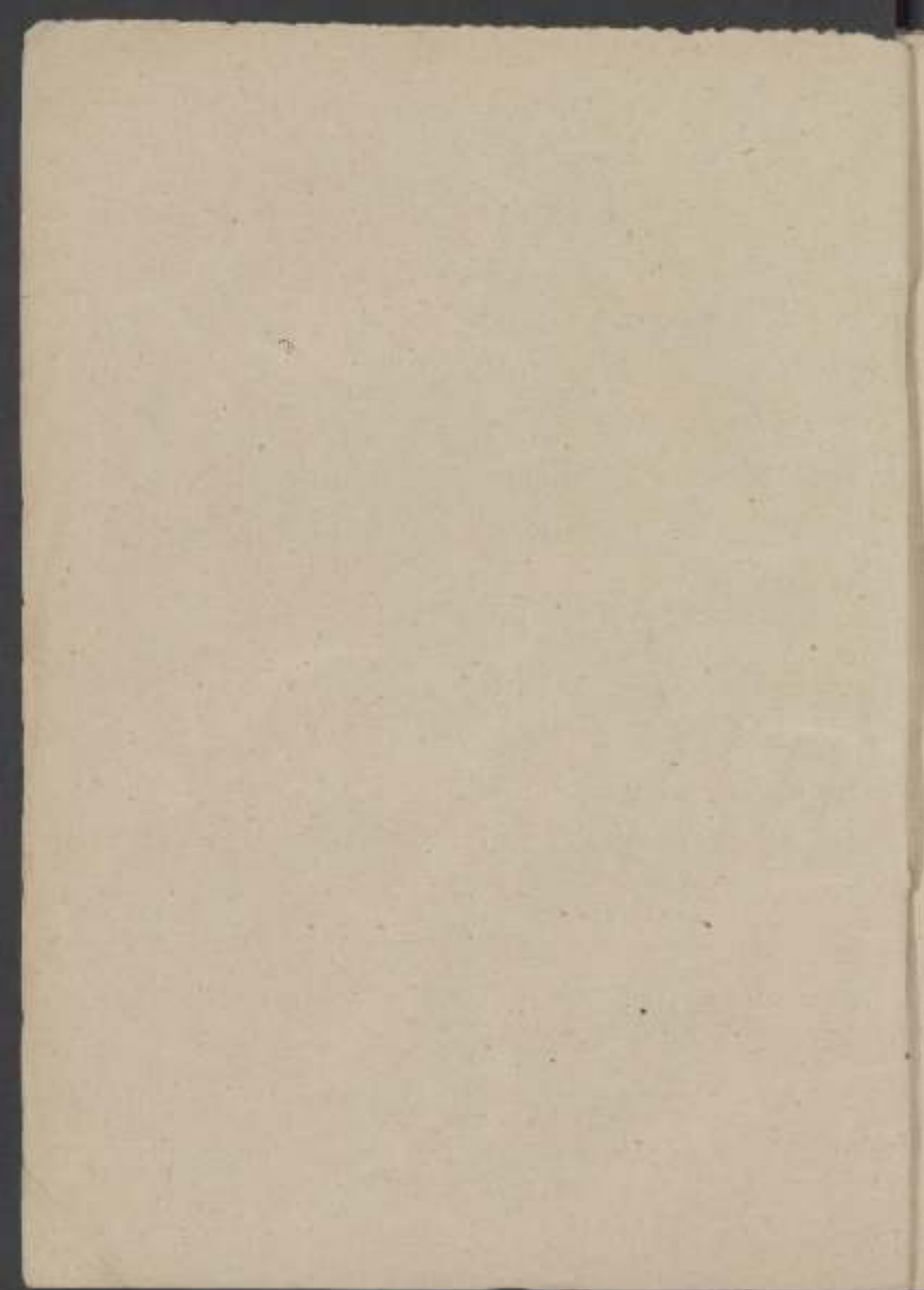
EXTRAÑOS MISTAGOS
4
ptos.
SERIE TRIUNFO

Robert
PAIGE

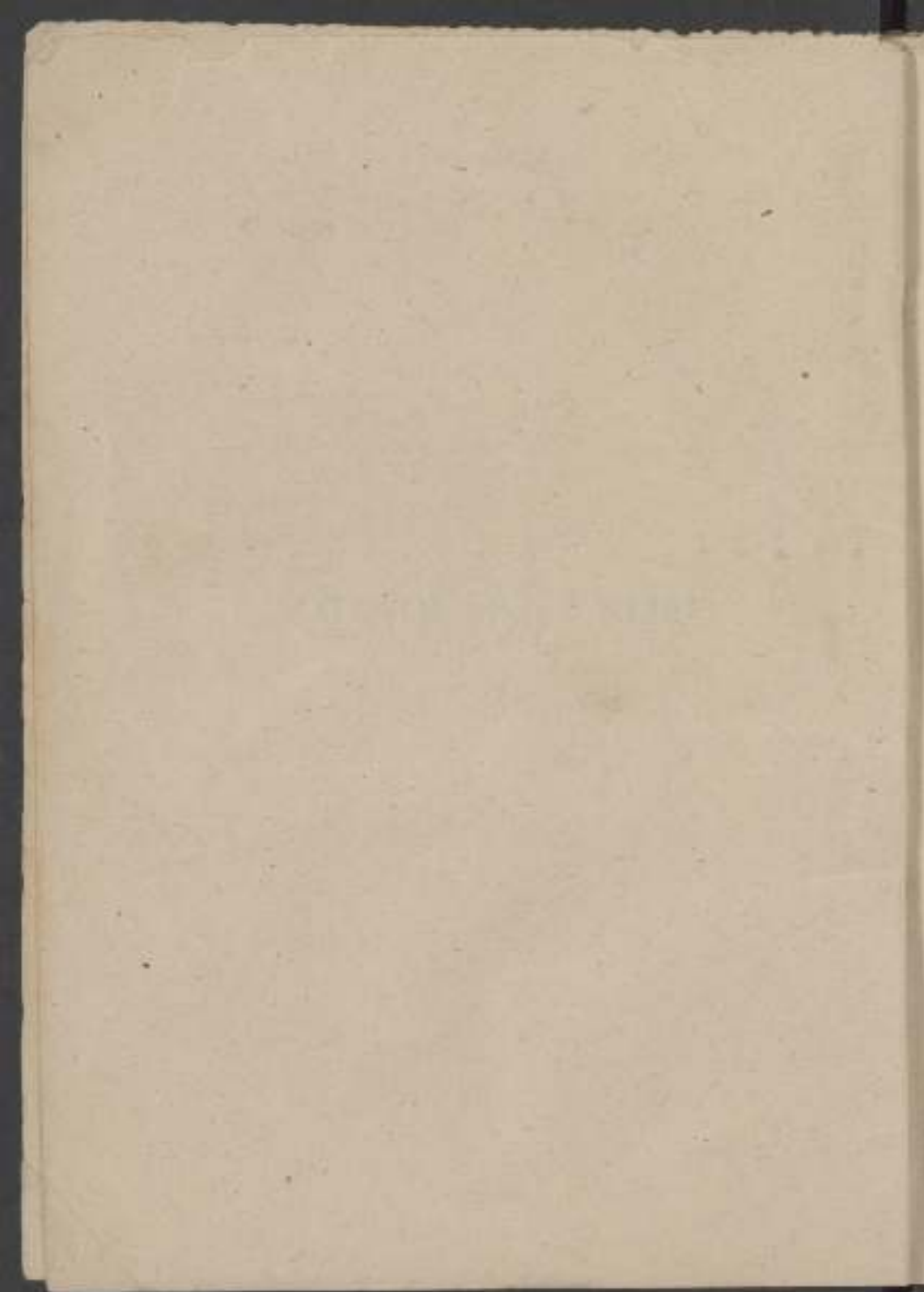
Diana
DURBIN



no 10.326



FELIZ Y ENAMORADA



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

FELIZ Y ENAMORADA

Magnífica producción en technicolor

Argumento de

JOHN KLOSER y LEO TOWNSEND

Guión de

LEWIS R. FOSTER y FRANK RYAN

Música

JEROME KERN

Director

FRANK RYAN

Producción

UNIVERSAL

Distribuida por

CHAMARTIN

REPARTO:

Carolina	Diana Durbin
Johnny	Robert Paige
Gregory	Akim Tamiroff
Teniente Roberto Latham	David Bruce
Koppa	Leonid Kingskey
Sra. Mac Lean	Jane Vincent
Senador Forst	Ray Collins
Sad Sam	Andrew Tombes
Carster	Thomas Gomez
Tía Cissy	Clara Blandick
Bigelow	Olin Howlin
Comisario de policía	George Cleveland

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Feliz y enamorada

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Todos los periódicos traían, en gruesos caracteres, la noticia sensacional que tenía en muda admiración a las multitudes y que despertaba la ambición de los que soñaban con enriquecerse rápidamente y sin grandes quebrantos:

"El primer oro de California, el precioso metal de las minas de Carster, llegará hoy al Capitolio. El presidente Polk dará la bienvenida a las fuerzas que lo escoltan, en pública ceremonia."

El presidente Polk, los dignatarios, senadores y consejeros del Gobierno, todos se hallaban reunidos en el Capitolio para recibir a la misión que llevaba a manos del presidente el codiciado oro descubierto en las minas de California.

Y la multitud, curiosa, intrigada, se hacinaba ante la puerta del edificio para presenciar la entrega de aquel oro por los hombres comisionados para tan importante acto.

Los pañuelos ondulaban al aire desde que se divisó a lo lejos la caravana que avanzaba hacia el Capitolio y los gritos entusiastas de la muchedumbre se mezclaban a los aplausos y vítores con que recibían a aquellos hombres que venían desde el lejano Oeste con el precioso tesoro de sus minas encontrado por azar y que iba a ser la riqueza máxima de aquellas tierras a las que se comenzó a explotar por un simple afán de ampliación de fronteras y que ahora les rendían el fruto de sus entrañas convertido en purísimo oro.

El jefe de la expedición avanzó pausadamente hasta el presidente Polk y le entregó con toda ceremonia el preciado tesoro, diciéndole, después de haber hecho las reverencias de reglamento:

—Señor presidente, tengo el honor de entregaros el primer cargamento de oro de California.

—Gracias, capitán — replicó el presidente Polk, agradeciendo el donativo con un gesto noble y magnánimo, mientras ordenaba que los sacos que contenían el tesoro fueran entrados en el edificio para que pasaran a engrosar las arcas del Estado.

Terminado este trabajo, el presidente se dirigió a la multitud que no cesaba de aplaudir y haciendo un gesto con el cual ordenaba silencio, comenzó a decir en voz campanuda y grave:

—Señoras... señores... Este afortunado día quedará grabado en nuestra historia con caracteres indelebiles. La tierra de este gran Continente nos da ahora un metal precioso. ¡Oro! Esta tierra espléndida, noble, fértil y feraz, que calienta nuestros hogares con el carbón de las grandes minas de Pensilvania, que nos alimenta con el trigo y el maíz de las llanuras del Oeste... ha rendido ahora un nuevo milagro: ¡El oro! El oro que ha de ser la riqueza inagotable de nuestros Estados.

Mientras el presidente seguía hablando en aquel tono grándilocuente que daba a todos sus discursos, el senador Forst escuchaba a su lado la voz de su hermana, que muy quedamente le decía casi al oído:

—Comprendo ahora tu gran empeño en que Carolina pasase unos días en el campo.

—Es por su bien, no te quepa duda — replicó el senador Forst, también en voz muy baja para no interrumpir el discurso del presidente.

—No me cabe duda, Martín... Aunque no olvides que mañana tiene que volver para asistir a la recepción de la Casa Blanca... Y entonces, ¿qué pasará?

—¡Quién sabe lo que pasará! Es posible que el Cuarto Regimiento reciba la orden de marchar al amanecer. Estuve hoy en el Departamento de Guerra. El teniente Latham tendrá que marchar con su Regimiento...

—No has olvidado ni un detalle —sonrió suavemente tía Cissy, hablando siempre al oído de su hermano el senador Forst.

—Ssssss... — musitó éste, imponiendo silencio, porque el presidente arreciaba en su discurso.

"Y por último deseo expresar nuestra confianza en la divina providencia que tantas veces nos ha señalado y favorecido con sus bendiciones... El descubrimiento del oro es una más que hemos de agradecer con el alma... ¡Que el Señor nos conceda la fuerza y la voluntad, la prudencia y la integridad neces-

rias para explotar este nuevo descubrimiento en bien de la humanidad...

Roberto Latham, el joven teniente que disgustaba al senador Forst, subía en aquel momento la escalinata del Capitolio con su aire marcial y decidido, mirando a todas partes, seguro de encontrar doquier miradas de admiración y de envidia, como si fuera él el único en vestir el uniforme y en ser teniente del Ejército de los Estados Unidos.

—¡Bienvenido, teniente Latham! —le saludó un guardia, dándole paso a la puerta del edificio—. Les hemos echado mucho de menos.

—Recuperaremos el tiempo perdido... ¿Han ocurrido cambios en la política? ¿Cómo salieron las elecciones? —inquirió con desenfado y rápidamente, porque no podía perder tiempo.

—El senador Maclin fué derrotado y perdió toda su influencia—explicó el guardia.

—¡Qué lástima... con lo encantadora que es su hija! ¡Y tan inteligente! ¿Y qué me dices de Forst?

—Ha sido reelegido por aplastante mayoría.

—¡Ah... qué interesante!... Lo tendremos en cuenta... Su hija Carolina también es encantadora...

Latham dió una mirada en torno

suyo buscando a la que acababa de nombrar y que en aquel momento llegaba también, rápidamente, como si se le tardara el instante de hallarse de nuevo entre los suyos. Roberto Latham salió a su encuentro y, sin titubeos, intentó besarla en un súbito arranque de bienvenida excesivamente cordial.

—¡Carolina!...—exclamó, corriendo a ella.

—¡Roberto... por favor, Roberto! ¡Aquí no, por Dios! —suplicó la muchacha, apartándose a tiempo y tendiéndole la mano con un gesto gracioso y simpático—. Vamos andando. Acabo de llegar del campo. ¿Cómo encuentras Washington? Te parecerá raro después de haber vivido tantas semanas en el Oeste legendario. Dicen que es una maravilla.

—Así es... pero es que dondequiera que mirase te veía a ti—replicó Roberto con una estudiada galantería que halagó mucho a la muchacha.

—¡Oh, Roberto!... —sonrió ésta muy ruborosa y entusiasmada—. Pero háblame de aquellas tierras. Dime todo lo que has visto en el Oeste. ¿Qué emocionante ha de ser! ¡Y qué interesante haber conocido a Yeik Carster! A mí siempre me ha atraído aquella tierra tan salvaje y peligrosa...

—Menos peligrosa que tú a la luz de la luna—susurró Roberto, románticamente, mirándola con ojos apasionados y brillantes—Oye, Carolina... Los oficiales celebran una pequeña fiesta en los cuarteles mañana por la noche... ¿Querrás venir conmigo?

—¡Ya lo creo!—asintió la joven. Pero luego, reflexionando, añadió: —¡Pero es que mañana he de cantar ante el presidente!

—¿Recuerdas el balcón del cuartel la noche que me despedí de ti? —inquirió él en tono insinuante, acercándose mucho a la joven para envolverla en todo el encanto de su tentación.

—Sí... pero yo no podré ir—murmuró Carolina, resistiéndose.

—El mundo entero era nuestro aquella noche... ¡Sólo nuestro! —suspiró el teniente.

—Mi padre me hizo prometer que iría a la fiesta del presidente—institió Carolina.

—La misma luna brillará esperándonos... ¡y yo esperaré también! —dijo Roberto, seguro de que vencería a la joven, como se convence a todas las mujeres enamoradas a las que se las sabe hablar al corazón.

Llegaron a interrumpírles, harto extrañados de la presencia de Carolina, a la que creían en el campo

gozando de unos días de paz, el senador Forst y tía Cissy, que saludaron a la muchacha con reticencia:

—Yo me figuraba que estabas en el campo—dijo el senador Forst, mirando airado a su hija.

—Y estaba, papá—afirmó Carolina sonriendo—. Pero salí a dar un paseo en el coche y así, casi sin darme cuenta, he llegado hasta Washington... ¡y aquí estoy! ¿Te acuerdas del teniente Latham?—preguntó, presentando al joven, al que contrariaba la presencia de las personas mayores cuando estaba en lo mejor del diálogo con aquella a la que quería conquistar.

—¡Claro que me acuerdo!—gruñó Forst. Pero haciendo un esfuerzo de educación le tendió la mano y le saludó: —¿Cómo está usted?

—Mucho gusto en verle, señor—saludó, a su vez, el teniente.

—Mi tía Cissy—presentó Carolina, queriendo quitar a la situación toda la tirantez que las circunstancias le daban.

Roberto Latham saludó a la dama, dijo algunas frases de halago al senador, quiso prolongar la conversación, pero Forst le atajó súbitamente:

—Vamos, Carolina.

—El teniente Latham me estaba hablando del Oeste. ¿Es tan emocionante?—exclamó Carolina.

FELIZ Y ENAMORADA

—Con todo el oro que hay en California, me extraña verle a usted aquí—dijo Forst con mucha reticencia.

Y con no menor reticencia replicó Roberto Latham:

—No todo el oro... está en California.

—¿Acaso piensa usted quedarse en Washington definitivamente?—interrogó Forst.

—¿Quién sabe! Los planes de un soldado son tan inciertos como los de un político, señor. Nunca se puede estar seguro de nada.

—Vamos, Carolina. Vamos, Cissy—dijo Forst, poniendo de nuevo punto final a la conversación.

—Hasta mañana por la noche...—susurró Roberto cuando estrechó la mano de Carolina, después de haber saludado a su padre y a tía Cissy.

Cuando ya ellos se hubieron alejado llegó a saludar a Roberto, Jeanie, la hija del senador Maclin:

—¿Roberto! ¿Guardarás para mí un sitio en tu corazón... hasta las próximas elecciones? Es posible que en ellas mi padre salga de nuevo elegido... —le dijo con marcada ironía, porque bien había visto el doble juego con que jugaba el teniente Latham halagando a la hija de Forst porque su padre había salido triunfante en las elecciones.

—No comprendo porqué me ha-

blas así... —murmuró el joven teniente, queriendo evadir la ironía.

Pero ella no se dejó amedrentar, y continuando en el mismo tono añadió:

—La primera vez que te vi ibas montado a caballo de un magnífico alazán. Quedé muy impresionada... Pero ahora comprendo que fué por el caballo...

Y echó a correr dejando a Roberto Latham harto desconcertado, aunque se repusiese pronto de aquella acometida y continuara su paseo por entre la multitud que ya comenzaba a diluirse a lo largo de las avenidas.

Por una de ellas marchaba Forst junto con Cissy y Carolina, esta última con un gesto de profundo enojo, muy contrariada por la rapidez con que su padre había cortado el amable diálogo que sostenía con Roberto.

—La verdad es, Martín—murmuró Carolina con un tonillo muy impertinente—, que te has mostrado muy poco cortés con el teniente Latham.

—No llares Martín a tu padre. Es irrespetuoso—corrigió tía Cissy.

—¿Si le encanta!... ¿Verdad, Martín? —sonrió Carolina haciendo un esfuerzo por sonreír, porque la verdad era que estaba profundamente enojada.

—Yo soy muy claro en todas mis cosas—afirmó Forst con voz campanuda—. Detesto al teniente Latham de todo corazón.

—No tienes que jurarlo. ¡Demasiado se ve!

—Es un oportunista — continuó diciendo Forst, sin hacer caso de la interrupción de su hija—. Si tú le interesas es sólo porque eres hija de un padre influyente y rico.

—Yo le encuentro simpático... Tiene carácter.

—Sí, desagradable por cierto — afirmó Forst, mientras saludaba con grandes sombrerazos a uno y otro lado a sus múltiples conocidos—. Dices que te gusta sólo por llevarme la contraria. ¡Eres la hija más testaruda que puede existir!

—Indudablemente eso le viene de familia — se apresuró a decir tía Cissy, muy convencida.

En aquel momento un caballero fué a saludar a Forst interrumpiendo la animada conversación familiar. Y antes de que el senador se alejara con el caballero que había ido en su busca, dijo a Carolina por lo bajo:

—Prométeme que no volverás a ver a ese pelele.

—No prometeré tal cosa—afirmó Carolina en tono decidido y que no admitía réplica.

—Estás empleando una táctica equivocada — dijo tía Cissy muy sentenciosa—. No hables más del teniente Latham y verás como Carolina se olvida de él.

—¡Ni soñarlo! Los dos estáis equivocados. ¡No olvidaré a Robert por más que os empeñéis!

—Menos mal que, a pesar de su osadía, aun no ha podido hacerse recibir en la Casa Blanca... Mañana no le verás allí.

—¿Has dicho mañana?—inquirió Carolina, acordándose de la cita que Latham le había dado para la fiesta que iba a celebrarse en los cuarteles.

—Sí, he dicho mañana... en la recepción. No has olvidado que has de cantar ante el presidente, ¿verdad?

—¡Oh, no... no! ¡No lo he olvidado! — exclamó Carolina, disimulando sus intenciones porque lo que estaba más lejos de su pensamiento era ir a la recepción de la Casa Blanca.

* * *

El rostro de Carolina estaba congestionado, los ojos brillaban como si una intensa fiebre la devorara y una tos seca y profunda la sacudía en convulsiones violentas.

Forst se paseaba por la habitación agitadoísimo e indignado, mientras tía Cissy trataba de calmar la situación. Los dos iban ya vestidos para la recepción de la Casa Blanca y se encontraban ahora con que Carolina estaba en cama con un fuerte resfriado, tosiendo hasta reventar y congestionada por la fiebre.

Era mucho más de lo que los nervios del senador podían aguantar, y, amenazando con un dedo a Carolina, le dijo severamente:

—El presidente de los Estados Unidos quiere que cantes esta noche y cantarás...

—Está bien, Martín... Ya iré... Cantaré... —replicó Carolina tratando de incorporarse y cayendo sobre las almohadas como si aquel esfuerzo la hubiera agotado.

—¡Es ridículo! No está en con-

diciones de cantar—afirmó tía Cissy—. ¿Cómo quieres que cante si le viene un acceso de tos?

—¡Ridículo! ¡Fantástico! —gruñó de muy mal talante Forst, que no creía en la enfermedad de su hija—. En la historia de la medicina no se recuerda un caso de enfriamiento tan repentino.

Carolina tendió su mano y cogió la de su padre en un gesto muy tierno y conmovedor y murmuró, con una vocecilla que parecía venir de más allá de la tumba:

—¡Qué frías tienes las manos, papá!

—¡Pero si estás ardiendo de verdad! —exclamó Forst, comenzando a alarmarse, porque realmente su hija tenía las manos abrasadas de fiebre—. Voy a llamar al doctor Carrell.

Ahora le tocó a Carolina alarmarse de veras:

—¡No, papá, no! ¡No hagas esto! No te molestes—murmuró.

—Es necesario, hija. Debemos llamar al médico—asintió tía Cissy.

F E L I Z Y E N A M O R A D A

—No, no; yo lo único que quiero es dormir. Id vosotros dos a la recepción y dejadme dormir.

—¡Pero cómo voy a dejarte con lo mal que te encuentras!—protestó Forst, muy inquieto—. Oye, Cissy, vete tú y presenta mis excusas al presidente.

—¡Nada de eso! Te vas tú y yo me quedo—replicó tía Cissy, dispuesta ya a quedarse de enfermera a la cabecera de la cama de su sobrina.

—¿Para qué os vais a quedar en casa, ahora que ya estáis vestidos?—suplicó Carolina con un acento dulce y dolido, de niña mimosa y sumisa—. Yo me sentiré mucho mejor si me dejáis sola, porque podrá dormir.

Pareció convencerles. Forst y tía Cissy se miraron resignadamente y al fin tomaron una determinación:

—Buenas noches, hijita... Volveré pronto—dijo Forst, besando a su hija.

—No tengáis prisa... Si logro coger el sueño dormiré a pierna suelta hasta mañana. Buenas noches y que os divirtáis mucho.

Cissy y Forst se encaminaron hacia la puerta y ya iban a cerrarla cuando, al dar una última mirada a la muchacha, se quedaron de una pieza, sorprendidos al ver salir un

denso humo por el embozo de la cama de Carolina.

Corrieron a ella otra vez y la joven abrió los ojos, asustada.

—¿Qué ocurre?—preguntó, mirándoles extrañadísima.

—Eso es lo que preguntamos nosotros... ¿Qué ocurre?—replicó el padre hecho una furia.

Carolina miró el humo que salía por entre las sábanas y sonrió con una sonrisa estúpida, no acertando a hallar explicación al extraño misterio. Forst arrancó las sábanas en una sacudida violenta y pudo ver que dos caloríferos estaban entre los brazos de su hija, dándole todo el calor de la fiebre y toda la congestión de su rostro.

—No... no sé cómo ha podido ocurrir eso...—murmuró Carolina.

—Ni yo tampoco—aseguró Martín Forst, más indignado que durante una de las más violentas sesiones del Senado.

—Ya... ya... me siento mucho... mejor...—balbució Carolina, tamborosa ante la ira que sentía crecer y crecer dentro del pecho de aquel hombre al que había intentado engañar.

—Sí... la fiebre sube y baja con gran facilidad—dijo Forst, arrancándole los caloríferos de los brazos.

—Están... calientes... ¿verdad?—

F E L I Z Y E N A M O R A D A

sonrió Carolina, saltando de la cama y envolviéndose en una bata rápidamente.

—Sí... ¡muy calientes! Y ahora corre a vestirme... ¡No hagas esperar al presidente!

—No... claro... voy en seguida... ¡Por qué no vais vosotros dos delante y yo... luego iré en otro coche? — propuso Carolina sin grandes esperanzas de triunfar en aquella proposición.

Pero a Forst le pareció muy aceptable, porque sonrió y dijo:

—Está bien, así lo haremos... Pero no te molestes en pasar por el cuartel... porque el teniente Latham ya no está en Washington.

—¡Oh!... — exclamó Carolina, alarmada—. ¡Pero si es imposible! ¡Si ayer me dijo que...!

—Salió al amanecer... ¡Los planes de un soldado son tan inciertos!... Su Regimiento ha sido encargado de guardar las minas de Carster.

Carolina volvió a encenderse en llamas, y esta vez no eran los calóricos los que le arrebolaban las mejillas, sino la ira, la rabia, la indignación.

—¿Cómo has podido hacer esto? —gritó, dispuesta a batirse con su padre, si era preciso.

—¿Pero qué estás diciendo, niña? ¡Yo no soy el secretario de

Guerra! Fídele a él responsabilidad.

—Tú no eres el secretario de Guerra... pero da la casualidad de que eres su mejor amigo. ¡Padre... esto nunca te lo perdonaré!—dijo en un tono severo y digno que no logró emocionar al senador.

—Con el tiempo me lo agradecerás, pequeña — afirmó Forst, dichoso de su triunfo.

—A pesar de todo me casaré con Robert — manifestó Carolina con energía.

—No permitiré de ninguna manera que mi hija caiga en manos de un sinvergüenza aprovechado.

—Tú no puedes disponer de mi vida como si fuera un número más de tus presupuestos... ¡Sé muy bien lo que me conviene! ¡Soy lo bastante mayor para pensar sola! Amo a Roberto...

—Eso te lo figuras tú, hija.

—¡Mentira! ¡Le amo, le amo y le amo!—perforó Carolina con testarudez.

—Está bien, le quieres... ¡Ya se te pasará! ¡El tiempo lo cura todo!

—¡No quiero, no quiero y no quiero! ¡No puede ser! — sollozó Carolina, arrojándose al suelo en una pataleta de niña mimada, llorando hasta la última de sus lágrimas.

Forst se arrodilló al lado de su

F E L I Z Y E N A M O R A D A

hija, la acarició suavemente y le dijo, tratando de consolarla:

—Vamos, hija, vamos, no te pongas así... Ya verás como todo pasará... Y ahora escucha... Debes volver al campo a descansar...

—¿No quiero! — protestó Carolina entre lágrimas y sollozos desolados.

—O puedes hacer otra cosa... ¿Por qué no vas a Nueva York a visitar a tío Jorge? Hay una compañía nueva en la Opera. ¿No te gustaría verla?

Carolina hizo esfuerzos por contener su llanto y prestó atención a lo que le decía su padre, como si la idea de ir a Nueva York diera a su imaginación grandes esperanzas.

—Vamos, vamos, no llores... — siguió diciendo Forst, sin dejar de acariciar a su hija—. ¿Verdad que te gustaría ir a Nueva York? ¿Verdad que sí?

Carolina asintió con un gestecillo de niña que se va desenfurrutando después de un gran disgusto.

—¿Bien!... ¡Ya sabía yo que esta idea no iba a desagradarte! Anda, sequemos estas lagrimitas... Ahora mismo irás a la estación a comprar el billete.

—¿Es que va a costar muchísimo dinero! — arguyó Carolina, muy mimosa.

—Esas trivialidades no han de

preocuparte... Toma. Doscientos dólares ya te bastarán, ¿no crees tú?

—Ya sabes que Nueva York es muy caro y que se necesita mucho dinero para estar allí... No sé si vas a poder darme tanto...

—Para mí la felicidad de mi hija vale mucho más que el dinero... ¿Verdad que sí, riquita? Así, así me gusta verte... sin llanto en los ojos y con una sonrisa en tus labios...

—Es que eres un padre tan comprensivo... — sonrió Carolina, ya por entero consolada de su pasado disgusto—. Tú lo haces todo por mí bien... ¡Y siempre te sales con la tuya!

—Bueno... siempre... — reongó Forst dubitativamente—. Dejémoslo en "así siempre". Y ahora date prisa en vestirte... El presidente debe estar esperándonos.

—Sí, sí, papito; voy en seguida... Id vosotros entretanto. No tardaré en ir yo.

—Bueno... hasta luego... Y date prisa, ¿eh?

—Sí, sí, papá... ¡Corriendo! Y... ¡muchas gracias! ¡Eres el padre más encantador de la tierra!

Salió Martín Forst del cuarto de su hija y a poco se oyó cerrar la puerta de la calle. Entonces salió

F E L I Z Y E N A M O R A D A

Carolina llamando a gritos a su doncella:

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta!...

—Pero ¿qué le pasa, señorita?—
inquirió la enorme negra que servía a la joven desde que era una niña envuelta en pañales.

—¡Que me voy a casar!

—¡Jesús María! ¿Que se va a casar? ¿Esta misma noche?

—Si pudiera alcanzarlo, sí... Dile a José que prepare un coche—ordenó, mientras comenzaba a preparar

su equipaje precipitada y desordenadamente.

—Pero, ¿dónde va la señorita?—
inquirió la negra abriendo los ojos hasta un tamaño desorbitado.

—A Pittsburg... o tal vez a Cincinnati... O acaso a San Luis... ¡O tal vez a California! —gritó Carolina, dando vueltas de vals por la estancia mientras iba arrojando al fondo del baúl todos sus trajes y ropas.

—¡Ay, Jesús María! ¡A California! ¡La señorita se nos va a California a casarse!—exclamaba la negra que no lograba salir de su asombro.

* * *

Al día siguiente los periódicos publicaban en gruesos caracteres, en su primera plana y en el centro más visible de la misma, el gran anuncio siguiente:

"Desaparece la hija del senador Forst. Se la vió en un vapor fluvial en Pittsburg. El senador Forst sigue a su hija. Ofrece cinco mil dólares de recompensa a quien la encuentre."

En efecto, Carolina había tomado pasaje en un vaporcito de los que recorrían la corriente del río, deteniéndose en las ciudades más importantes enclavadas en sus riberas, y, mezclada entre la multitud, marchaba feliz y enamorada en busca de aquel hombre con el que su padre no quería dejarla casarse y que era, según ella creía en aquellos momentos, el único hombre al que podría querer en el mundo.

El paso del vapor, en sus periódicos recorridos, era la máxima atracción de aquellas ciudades, en embrión todavía, pequeñas ciudades que comenzaban a crecer y a

formarse a todo lo largo de la ribera y que habían de constituir los grandes núcleos ciudadanos de hoy.

En aquella época, hace un siglo casi, estaban construídas sus casas de manera rudimentaria, casi todas de madera, y constituía el lugar principal de la ciudad la taberna o bar que solía encontrarse cerca del desembarcadero, además de algún cuartel del Ejército y de la casa del Ayuntamiento, que eran los edificios más sólidamente construídos y vistosos.

Se hacinaba la multitud para ver la llegada del vapor, siempre en espera de que llegara en él algún personaje sobresaliente o alguna novedad que interrumpiera la monotonía de una vida harto sosegada y tranquila, y se agitaban al aire los pañuelos y las manos, saludando a los que llegaban con un afectuoso ademán de bienvenida.

Carolina contemplaba desde cubierta aquel enjambre humano y trataba de descubrir en él el rostro que iba buscando. Pero por parte

alguna aparecía la figura de Roberto tal como ella había soñado encontrarle. Las horas de retraso que trala tenían, forzosamente, que apartarla sin cesar del objetivo de su viaje, pues cuando ella llegaba a una ciudad ya el destacamento al que Roberto Latham pertenecía había partido para otra, siguiendo la ruta del Oeste hasta llegar a California, el país soñado, la tierra de promisión, la región codiciada y misteriosa que atraía a su seno a tantos y tantos miles de parias que iban a buscar en ella el medio de subsistir o de enriquecerse, según las ambiciones de cada uno.

Cuando el vaporcito hubo echado anclas y fué colocada la pasarela para que los pasajeros pudieran descender, los que llegaban se precipitaron hacia la salida con ese afán de tocar tierra que tiene todo viajero que ha pasado unos días o unas horas mecido por la blandura del agua.

Bajaban apelotonados, en familias, en grupos de amigos, empujándose unos a otros, acarreado el equipaje dificultosamente, arrastrando de la mano a los chiquillos que lloraban o gritaban, y armando tal confusión y algarabía que parecía imposible que llegaran a entenderse.

Carolina se sentía desorientada en

aquel ambiente y no sabía cómo trasladar su enorme baúl, cuyo peso no era para su delicada naturaleza. Miraba a un lado y a otro en busca de alguien que pudiera ayudarla y suplicaba con voz tímida y una dulce sonrisa en los labios:

—¿Me haría el favor de bajar mi baúl?

—Lo siento, pero bastante cargado voy ya—replicaba un pasajero que iba lleno de fardos y maletas en la mano.

—¿Sería tan amable de llevar mi baúl a...?

—¿Cómo quiere que lleve más peso del que puedo?—replicaba otro, que iba encorvado bajo el peso de su propio equipaje.

—¿Tiene la bondad de...?

—Lo siento, señorita—gruñó el que había recibido aquella pregunta, dando un empujón a Carolina que le estorbaba el paso y precipitándose por la pasarela en dirección a tierra.

La joven se sentía ya por completo abandonada de todo el mundo y sin saber qué hacer, cuando se acercaron a ella dos hombres extraños que la habían estado observando desde el puente y que habían cambiado entre ellos el siguiente diálogo, pronunciado en ruso, su idioma nativo:

—Fíjate, Gregory... La policía

nos vigila y no podremos salir del barco con facilidad. ¿No tienes idea de cómo podríamos bajar sin ser sospechosos?

—No tengo ni la menor idea— afirmó el otro, sin apartar la vista de Carolina, que le tenía subyugado por su gentil figura y por la perfección de su rostro.

—Pues yo sí... ¿Te das cuenta de esa chica preciosa que no sabe qué hacer con su baúl?

—Preciosa, preciosa y mil veces preciosa... — afirmó Koppa con un gesto de admiración sincera—. ¿Qué piensas hacer?

—Sígueme y dame la réplica fácilmente, sin titubeos — aconsejó Gregory, que tenía ya formado todo su plan.

Y acercándose a Carolina la saludó con una cortesía muy versallesca y le dijo, con marcado acento extranjero:

—Madame... Tal vez podamos ayudarla, madame... Permítame que me presente... soy el príncipe Gregory Alexandrovich Strogonofski.

—Y yo...—quiso argüir el otro. Pero Gregory le atajó:

—¡Ah, sí, usted es Koppa!

—Mi nombre completo es Koppa...

Gregory volvió a interrumpirlo, dirigiéndose a Carolina:

—¿En qué podemos ayudarla, madame?

—Si quisieran llevarme el baúl... Tengo que bajar a tierra en seguida...

—Inmediatamente, madame. ¡Eh, Koppa, lleva el baúl de la señorita! —ordenó Gregory con empaque de gran señor, dirigiéndose a su amigo que hizo un gesto de disgusto al que Gregory contestó con otro muy significativo acompañado de una mirada hacia el guardia que vigilaba la salida de los viajeros y cuya vigilancia trataban de burlar los dos cómplices.

Koppa lo comprendió bien y, sin replicar, cogió el baúl, lo cargó en sus hombros y comenzó a descender por la pasarela, mientras Carolina, verdaderamente satisfecha, daba las gracias a aquel gran caballero:

—Es usted muy amable, Altera.

—Madame... no tiene importancia... Podemos bajar nosotros también—añadió, ofreciéndole su brazo, del que Carolina se suspendió con suavidad, bajando a tierra y saliendo así, aquellos dos perillantes, de la vigilancia de la policía que no supo reconocerles por ver al uno de descargador y al otro acompañando a aquella gentil muchacha que cautivaba la atención de todos

sin dar paso a que se fijaran en los demás.

Ya en el muelle Carolina agradeció una vez más el favor que acababan de prestarle.

—Me han hecho un verdadero servicio... pero si quisieran llevarme un poco más allá... Aquí estorba mucho.

Gregory, que vela a la policía vigilar con insistencia el barco, no tenía ganas de rondar por aquellos contornos y sólo señañaba con alejarse precipitadamente del muelle e internarse en la ciudad, donde pasaría más inadvertido. Pero Carolina insistió:

—Un poquito sólo, hágame el favor. ¡Es tan valioso para mí! Vale más que su peso en oro.

Aquellas palabras enternecieron a Gregory, que lanzó una mirada fulminante a Koppa y los dos, al mismo tiempo, decidieron prestar ayuda a aquella muchacha que tan bien acompañada iba. ¡Ahí era nada un baúl que contenía algo valioso que valía más que su peso en oro! Y con lo que pesaba! De esto podía Koppa dar buena cuenta.

—¡Lo llevaremos hasta donde usted nos diga! ¡No faltaba más! Encantados de poder ayudarla—exclamaron a coro.

—Gracias.

Dejaron el baúl donde Carolina

les indicó y, viendo que la joven se dirigía calle abajo en busca de algo que no les había confiado, decidieron, de común acuerdo y sin cambiar palabra, vigilar de cerca el preciado tesoro por si hallaban ocasión propicia de hacerlo pasar a sus manos sin levantar sospechas.

Carolina marchaba airosoamente por la avenida central de la ciudad, mirando a todas partes, ansiosa de descubrir en el momento menos pensado el rostro de Roberto Latham. Sólo desconfiaba ante ella diversos grupos de soldados y oficiales que la piropaban a su paso y que la miraban con los ojos encendidos de admiración.

—Ustedes perdonen... — se atrevió, al fin, Carolina a decir a uno de aquellos grupos—. Estoy buscando a un teniente.

—Yo soy teniente — sonrió uno, muy afable, ofreciéndose incondicionalmente.

—No, no... Busco al teniente Latham—explicó Carolina, sofocada y riendo también por la gracia con que el soldado se había presentado—. Está en el Cuarto Regimiento.

—¡Ah!... El Cuarto Regimiento salió anoche para Fort Bricher.

—¡Pero si me dijeron que aun estaban aquí! — exclamó Carolina, concertada.

—Van a vigilar las minas de Yeik Carster, en California—explicó el teniente.

—Sí, ya lo sé... ¿Cómo podría ir yo a Fort Bricher? —inquirió la muchacha, que estaba empeñada en seguir su viaje hasta dar con Roberto Latham, sólo por contrariar a su padre y porque, sinceramente, creía estar enamorada de él.

—Yo la acompañaría con mucho gusto... si me dieran tres semanas de permiso.

—¿No hay ninguna diligencia que lleve allá?

—No, señorita... ¿Por qué no se queda aquí... y busca otro teniente? —ofreció uno, admirado de la belleza de la joven y queriendo congratarse con ella.

—Mañana mismo sale una caravana de carros en aquella dirección —dijo otro de los oficiales—. Tal vez le sea posible unirse a la expedición.

—Pero es un viaje muy incómodo—arguyó otro.

—No me importa. Con tal de llegar allí...—dijo Carolina, que estaba decidida a arrostrar todas las incomodidades y todos los peligros—. ¿Dónde están los carros?

—Allí, al final de la calle.

Carolina fué en busca de su baúl, primeramente. Y dió orden a Su Alteza y a Koppa de que lo trasiada-

ran al lugar donde estaban reunidos los carros para formar caravana y salir al día siguiente hacia el Oeste.

Aquello fué lo que los dos perillanes estaban anhelando. Cargaron con el baúl y salieron corriendo, decididos a toda costa a apoderarse del contenido del mismo, que acaso podría proporcionarles los medios de ir a California y allí trabajar en las minas de oro en donde se enriquecerían rápidamente gracias a su arte de apoderarse de lo ajeno.

—Es preciso que lo abramos—decía Gregory—, porque ella afirma que lo que va dentro vale tanto como su peso en oro.

—¿Y cómo lo vamos a abrir, si no tenemos las llaves?

—Trae una piedra grande y ya verás qué pronto le arrancamos las cerraduras.

—Pero... tal vez no sea éste el sistema más adecuado.

—No hay que andarse con remilgos para abrir este baúl. Tal vez nos dé los medios para ir a California... Pero nos hace falta una piedra, una piedra muy grande...

Koppa le hizo un gesto significativo a Gregory, porque cerca de ellos alguien les estaba observando atentamente y no era aquel el momento más adecuado para desvalijar el baúl.

—¿Una piedra...? Sí, una piedra... Pero ya la encontraremos luego... Gracias, muchas gracias—dijo Gregory al individuo que les observaba y que se había apresurado a ofrecerles la piedra que buscaban.

Mientras esto sucedía en el lugar donde Carolina había dejado su baúl confiado a aquellos dos frescos que se disponían a apoderarse de todos sus bienes sin escrúpulo alguno, la muchacha se había dirigido al campamento donde estaban los carros dispuestos y comenzó a indagar por aquellos contornos con el fin de encontrar plaza en alguno de ellos y emprender la marcha hacia el Oeste, siempre empujada por su amor a Roberto Latham... O por su afán de contradecir a su padre, con aquella testarudez que éste le echaba siempre en cara.

—Quisiera hallar medio de ir a Fort Bricher—dijo Carolina a un hombre que estaba apartando su carro cuidadosamente.

—¿Fort Bricher?—inquirió el hombre, mirando con sorpresa y admiración a aquella chiquilla tan bonita, tan atractiva, que prometía ser una compañera de viaje deliciosa.

—Sí... ¿Sabe de alguien que quiera llevarme? Yo le pagaré lo que fuese...

—Pues... vamos a ver...—reflexionó el hombre atentamente— es po-

sible que pueda venir con nosotros.

Por entre el toldo del carro asomó el rostro de una mujer ya entrada en años que exclamó, en un tono contundente:

—¡Cuidado, Lemme! Si te proponías hacerle sitio a esta joven en nuestro carro tenías que haberlo pensado hace diecisiete años... ¡Deja en paz a la chica y sigue con tu trabajo!

Lemme se encogió de hombros, sonrió con una expresiva intención a la muchacha, que le devolvió la sonrisa, y volvió a su trabajo obedeciendo ciegamente las órdenes de su mujer.

Carolina continuó su búsqueda. El cartelón pegado en un carro anunciando que se vendía llamó su atención y se dirigió al que parecía estar al cuidado de aquella posible venta.

Viendo a Carolina dar vueltas y vueltas en torno al carro, aquel hombre se dirigió a ella con una servil amabilidad y le preguntó:

—¿Le interesa comprar un carro, señorita?

—Pues sí... desde luego... Según parece no hay otro medio de ir a Fort Bricher. ¿Es usted el dueño?

—En efecto... y puedo asegurarle que tiene usted suerte en encontrar un carro como éste. Es una verdadera ganga.

FELIZ Y ENAMORADA

—Los caballos están flacuchos...
—arguyó Carolina viendo dos jameigos hambrientos unidos al carro.

—Para un profano en la materia —replicó el hombre con mucha dignidad— quizá su apariencia sea poco sirosa... Pero ya sabe usted que las apariencias engañan. Son caballos de pura sangre. Están hechos a una vida dura. Créame, señorita, los caballos son como las mujeres... Para una vida dura son las flacas las que más rendimiento dan. Y usted perdóne, señorita... ya verá como con un poco de pienso se ponen como nuevos.

—Bueno, está bien. ¿Y cuánto pide por todo ello?

—Me contentaría con cuatrocientas... y doscientas más por las provisiones: harina, tocino, alubias...

—Le daré quinientos dólares y negocio concluido.

—Hago un mal negocio... se lo aseguro... ¡Un mal negocio! Pero eche en la bolsa y trato hecho, ya que le urge tanto hacerse con el carro—dijo el hombre, contando codiciosamente el dinero que iba pasando a sus manos—. Ya... ya volveré más tarde con el recibo... ahora no lo tengo firmado... Hasta mañana hay tiempo —añadió, atando apresuradamente la bolsa y echando a correr a tiempo que llegaban

Gregory y Koppa con el baúl a cuestas dispuestos a abrirlo en cuanto encontraran un rincón seguro.

Carolina los detuvo con una exclamación:

—¡Oh, Alteza, qué oportuno!... Pongan el baúl en el carro, en mi carro... Por favor... Así, gracias.

Los dos rusos dejaron el baúl donde Carolina les había indicado, pero en cuanto la vieron alejarse de allí, volvieron a cargar con el armatoste y corrieron hacia el final de la calle, seguros de que allí encontrarían un sitio a propósito para poder abrirlo y apoderarse de su contenido.

El campamento de carros ofrecía un espectáculo pintoresco y alegre. Toda la caravana que se disponía a partir al siguiente día formaba una multitud compacta y heterogénea dedicada activamente a ultimar todos los detalles y a llenar los carros con las provisiones que habían de hacerles falta durante el camino, además de todos los enseres y útiles de que podían necesitar para cultivar las tierras y levantar los nuevos hogares. También llevaban con ellos animales domésticos de todas clases, y vacas y bueyes y cabritos y asnos, que de todo habrían de necesitar en aquellos lejanos parajes a los que iban en busca de nuevos horizontes que

abrieran amplias perspectivas a sus vidas sombrías.

Mientras trabajaban cantaban a voz en grito, a coro, viejas canciones de la patria, alegrando con aquellos cantos las horas que faltaban para abandonarlo todo y lanzarse a la aventura, mientras los chiquillos correteaban por todas partes, lloraban, jugaban o reñían con esa actividad incansable de los pequeñuelos que no se rinden nunca para nada.

Carolina había preguntado si podía pasar la noche en algún hotel, o si podría alquilar alguna habitación con cuarto de baño para pasar aquella noche; pero la pregunta suscitaba general hilaridad, como si su petición fuera algo anormal y fuera de lugar.

—No encontrará lo que usted desea, señorita—le había dicho el viejo que le vendió el carro—. Pero si quiere darse un baño antes de emprender la marcha, allí, al final de aquella calle, encontrará la casa de baños.

Un gran cartel anunciaba la casa: "BAÑOS PUBLICOS DE AGUA PURA DE LLUVIA. 50 centavos. Los sábados por la noche, un dólar".

Pensó Carolina que cincuenta centavos era una miseria y que bien los podía gastar ya que su padre le había dado dinero suficiente no

sólo para llegar a California, sino para dar la vuelta al mundo, si le placía. Y muy satisfecha entró en la casa, pidió un baño caliente y se encerró en la cabina que le destinaron, en medio de la cual había una gran cuba repleta de humeante agua, en la que se introdujo después de despojarse de sus vestidos, y levantando pronto oleadas de espuma, a fuerza de frotarse con el jabón.

Dichosa de haber hallado solución al problema de su viaje; sintiéndose renovada por el baño caliente; soñando en la felicidad que le aguardaba al final de aquella aventura, Carolina comenzó a cantar con su voz grata, bien modulada, afinadísima, de notas hondas y graves, una canción deliciosa que hubiera tenido que cantar ante el presidente de los Estados Unidos la noche misma en que huyó de su casa, prefiriendo correr el riesgo de la escapatoria a recibir los halagos de la alta sociedad de Washington.

La canción le decía a los pájaros que ella era un pajarillo loco, sin nido ni árbol donde albergarse, pero que era dichosa porque tenía todo el espacio para volar y porque podía cantar. Podía cantar cuando abril le ofrecía todo el encanto de la primavera y volaba por el aire como llevada por las alas de su pro-

F E L I Z Y E N A M O R A D A

pio canto. Y por esto sentía como si en su corazón repiqueteasen los cascabeles de la alegría. La primavera era su amiga y así cantaba todo el día...

Pronto, desde otra cabina, se unió a la voz de Carolina la voz viril y timbrada de un barítono que cantaba la misma canción que ella. Animada por aquella voz que parecía el eco de la suya, Carolina cantaba con más alma, con mayor ímpetu, dando unos agudos extraordinarios que repercutían en los cuatro ángulos del edificio, dejándose oír desde sus más apartados rincones.

Todos prestaron atención a aquella voz maravillosa y pronto todos fueron coreando la canción: el peluquero, el masajista, los empleados, los clientes, todos tomaron parte en aquella orgía de notas que como una cascada musical llenaba la casa de baños.

Johnny, el muchacho que había hecho dúo con Carolina desde su cabina de baño, salió de ella muy limpio, perfumado y peripuesto, anudándose la corbata y todavía con la canción a flor de labio. Se dirigió al empleado que estaba a la puerta del edificio y le preguntó, sonriendo:

—¿Ha salido ya esa señorita que cantaba tan bien?

—No, no ha salido aún... Pero no tardará... Mire, me parece que ahora viene.

Corrió Johnny hacia una joven vestida con vaporoso traje que ocultaba su rostro bajo un enorme sombrero y la saludó con fina atención:

—Señorita, usted perdone, pero...

—¿Qué desea?—replicó la interpelada levantando la cabeza y mostrando un rostro espantosamente feo.

—¡Oh... usted perdone!...—exclamó Johnny, horrorizado, echando a correr.

La pobre muchacha se volvió a otra joven que iba a su lado, vestida casi igual que ella, encantadoramente bonita, y le dijo, casi enojada:

—La verdad es que a los hombres no hay quien les entienda, ¿no le parece a usted?

—No... ¡Pero si es estupendo!—exclamó Carolina, que era la muchacha a la que iban dirigidas aquellas palabras, mientras miraba con sus ojos atónitos de asombro al muchacho que estaba ante ella y que, sin haberla visto, hufa despavorido por la fealdad de la otra.

Carolina se encaminó de nuevo hacia su carro, llegó a él, vió que allí cerca charlaban y discutían dos mujeres que estaban junto a un vic-

jo y, sin hacer caso de ellos, comenzó a instalar su equipaje en el carro de su propiedad mientras seguía tarareando su canción.

El viejo miraba extrañado todas las manipulaciones de Carolina, no acertando a comprender el desparramo con que iba metiendo allí todas las maletas, paquetes y sombrereras que llevaba. Se acercó a ella discretamente y le preguntó, solícito:

—¿Le interesa comprar un carro, señorita?

—¡Si acabo de comprar éste!—replicó Carolina, muy satisfecha.

—¿Este? ¡No puede ser! Ha sido una equivocación. Este carro es mío—explicó el hombre, exaltándose por momentos.

—No, no, qué va a ser... Lo acabo de comprar yo—insistió Carolina.

—¿Ya lo creo que es mi carro! Mire mis papeles. Todo está en regla.

—Pues me lo ha vendido un hombre que estaba aquí hace menos de una hora.

—No cabe duda de que la han estafado—aseguró el dueño del carro moviendo la cabeza con pesadumbre.

—Le pagué quinientos dólares.

—No esperaba yo obtener tanto por este armatoste—comentó el viejo, mirando con simpatía su carro,

del que tan pingüe ganancia pudo obtener si otro no le hubiera tomado la delantera.

—¿Cómo habrá alguien capaz de hacer una cosa así?—inquirió Carolina, muy preocupada.—Yo pensaba salir mañana con la caravana. ¡Dios mío!... ¿Qué voy a hacer ahora?

—Lo mejor que puede hacer es ir a ver al Sheriff—aconsejó el viejo.—Tal vez él pueda ayudarla.

—Es verdad. Gracias. ¿Puedo dejar mis cosas aquí?

—Sí, sí, claro que puede.

—¿Con mi baúl?—inquirió Carolina, que ya se alejaba rápidamente en busca del sheriff.

—¿Baúl?... —murmuró el viejo dueño del carro extrañado, porque él no acertaba a comprender a qué baúl se refería aquella chica tan bonita que todo lo agitaba a su paso.

Carolina corrió, tropezando con la multitud, sin hacer caso de las miradas de admiración que le dirigían los hombres, ni de las que, curiosas o envidiosas, le dirigían las mujeres.

Cuando ya llegaba ante la oficina del representante de la autoridad, Carolina vio que éste hablaba con un jinete que acababa de llegar, portador sin duda de noticias interesantes, a juzgar por la expresión

del rostro de ambos. La joven escuchó atentamente la conversación de los dos hombres, medio escondida entre la barandilla de la terraza.

—¡Hola, Yeh!, ¿qué novedades traes?—preguntó el sheriff al jinete recién llegado.

—¡Muchas... y sabrosas! Traigo orden de detención de la hija de un senador que huyó de su casa.

—¿Es posible? ¿Qué cosas pasan!

—Sí, pasan cosas raras. Y claro, el senador embarcó hacia acá y creo que llegará mañana, porque la palomita no puede andar muy lejos... Hay cinco mil dólares de recompensa para quien encuentre a la muchacha.

—Pues no me disgustaría ser yo quien la encontrase... ¡Cinco mil dólares! —exclamó el sheriff frotándose las manos como si ya los tuviera entre ellas—. ¿Y tienes alguna idea de cómo es la chica?

—Sí. Traigo una descripción completa. Creo que no debe ser difícil reconocerla.

—¡Cinco mil dólares! ¡Cinco mil dólares! —repetía el sheriff, como si aquella cifra para él fabulosa no le cupiera bien en su mollera.

Carolina ya no quiso escuchar más. Aquello le bastaba para darle a entender que no era al sheriff,

precisamente, a quien debía recurrir en demanda de auxilio para poder continuar su viaje hacia California, por lo que, procurando no ser notada ni levantar sospechas, se separó de la casa del sheriff y echó a correr en cuanto se vió a una respetable distancia de ella.

En la primera bocacalle que encontró dió media vuelta y se internó por ella, deteniéndose a la puerta de un bar del que salían murmullo de conversaciones y chocar de vasos en el mostrador.

Era aquél uno de los bares más concurridos de la ciudad y en él estaban jugando a cartas varios grupos de hombres de los que al día siguiente emprenderían la marcha formando parte de la caravana y que probaban fortuna hasta el último día de su estancia en la ciudad, por si la suerte les era lo bastante favorable que les hiciera desistir del propósito de aquella arriesgada aventura.

Ante una de las mesas jugaban el viejo Sam, el que había vendido el carro a Carolina, y Johnny, el joven barítono que la había coreado en la casa de baños mientras los dos tonificaban sus músculos y limpiaban su piel metidos en sendas cubas repletas de agua caliente y espuma de jabón.

—¡Cuatro reinas!—gritaba Sam,

FELIZ Y ENAMORADA

colocando su juego sobre la mesa con un gesto de triunfo y de satisfacción.

—¡Cuatro ases!—añadió Johnny con naturalidad, como si aquello no tuviera importancia para él.

—Nada—dijo otro de los jugadores mostrando su juego formado todo de cartas malas.

—Va mi resto—propuso Johnny, colocando el último dinero que le quedaba sobre la mesa.

Jugaron y ganó Johnny de nuevo.

—¿Jugamos a la carta más alta? Doble o nada—propuso Sam. Y Johnny aceptó.

—Es una buena idea... Usted primero...—dijo, después de haber barajado conscienzadamente las cartas.

—¡Rey!—gritó Sam, ufano y orgulloso.

—¡Pero qué casualidad!... Un as—replicó Johnny mostrando su carta con perfecta calma, sin perder para nada su ecuanímo actitud—. Así, pues, me debe quinientos dólares.

—¡Huuuum!...—gruñó Sam malhumorado—. Sabe usted demasiado para ser tan joven.

—La juventud me da ligereza en los dedos—dijo Johnny con franca y alegre risotada—. ¡Vengan los quinientos dólares!

—Buena... aquí los tiene—mur-

muró Sam de mala gana, sacando la bolsa en la que había guardado los quinientos dólares, producto de la venta fraudulenta de un carro que no era suyo.

Pero una tercera mano se interpuso entre las dos manos que iban a intercambiar la bolsa y una voz femenina, muy timbrada y muy simpática, gritó, agarrando fuertemente la codiciada bolsa:

—¡Mis quinientos dólares!...

Johnny lanzó una mirada fulminante a la que así hablaba y preguntó, sin dejar de admirar la belleza de aquella muchacha atrevida y resuelta:

—¿Qué es eso de querer apropiarse del dinero ajeno?

—¡Es mi dinero!—perfió Carolina con aplomo—. Ese hombre me ha estafado—añadió, señalando a Sam.

—¿Que la ha estafado yo?...—preguntó éste con un gesto de inocencia e ingenuidad capaz de engañar al más avisado.

—Claro que sí... Me ha vendido usted un carro que no es suyo.

—¿Se da usted cuenta de que me está calumniando, señorita?—protestó Sam, indignado.

—¡Pero si usted sabe que es cierto! Ese dinero es mío.

—Con el permiso de ustedes... yo me voy...—dijo Johnny, intentando

escapar de aquella discusión y quedarse con los quinientos dólares que se había ganado en el juego.

—¡Usted no se va!—gritó Carolina.

—Muy interesante... pero tengo prisa y quisiera...

—¡Usted se queda!—ordenó ella, no dejándose amedrentar ni por las miradas fulminantes de Sam ni por la indiferencia de Johnny—. Yo he comprado un carro que he pagado con quinientos dólares que eran míos... y ahora estoy sin carro y sin dinero... ¡No me voy a conformar así como así! Ahora voy a dar parte a la policía de todo lo ocurrido.

—Por favor, señorita, no grite...—suplicó Johnny, que no quería llamar la atención y que no tenía ningunas ganas de entrar en relación con la policía—. Vamos a sentarnos tranquilamente y charlemos de todo este asunto. No sacaremos nada en limpio si no tenemos confianza el uno en el otro.

—Bien, entonces suelte el dinero—dijo Carolina con mirada desafiadora.

—Esto sería excesiva confianza—replicó Johnny, tirando de la bolsa de la que Carolina tiraba también.

—Bueno... si usted suelta, suelto yo—propuso de un modo equitativo.

—Esto ya es más razonable.

Soltaron los dos la bolsa al mismo tiempo y quedó ésta sobre la mesa, entre uno y otra.

En aquel momento la voz del propietario del establecimiento impuso silencio a sus clientes rogándoles que le escucharan un momento. Todos se agruparon cerca del mostrador y en torno a la mesa donde Johnny y Carolina se hallaban. Ambos miraban la bolsa de dinero constantemente y luego se miraban con una sonrisa de complicidad, porque aquellos quinientos dólares estaban allí y en realidad no eran ni de uno ni de otra, sino del verdadero dueño del carro.

—¡Silencio, por favor! ¡Escúchenme todos!—gritaba el propietario del bar procurando ser oído desde todos los rincones—. La última vez que el sheriff vino aquí a hacer una redada, se me rompieron casi todos los espejos en la refriega... ¡Y esos espejos cuestan mucho dinero! ¡Tuvieron que traerlos, nada menos, que desde Chicago! Por esto les advierto ahora que el sheriff va a venir aquí dentro de un rato... Trae un montón de órdenes de detención... contra cinco o seis cuatreritos... contra una muchacha que huyó de la casa-paterna y por la que ofrecen cinco mil dólares cuando la encuentren... Tam-

FELIZ Y ENAMORADA

bién quieren detener a unos tahures que han cometido demasiadas trampas en el juego y a otros varios individuos por muy variadas razones... tales como homicidio, asesinato, robo, hurto y estafa... ¡No creo que nadie pueda pensar que trato de entorpecer la acción de la justicia... porque no es cierto! Lo único que quiero es... ¡salvar mis espejos! — gritó muy fuerte para que pudieran oírle incluso desde la calle si es que hubiera algún so-

plón que fuera con el parte al propio sheriff—. Y como quiero salvarlos ahora apagaré las luces durante breves instantes... ¡El que tenga dudas, que se largue pronto! Vamos, apagad las luces, muchachos...

Estuvieron apagadas las luces durante unos minutos y luego se volvieron a encender. Muchos de los individuos que allí estaban habían desaparecido; y entre ellos habían desaparecido Johnny y Carolina... ¡y la bolsa también!

* * *

Huyeron en varias direcciones los que escapaban de la acción de la justicia, gracias al previo y oportuno aviso del propietario del bar. Entre ellos pasaron por la calle, siempre con su carga a cuestas, Gregory y Koppa, que trasladaban el baúl de un lado a otro sin encontrar sitio adecuado donde devaluarlo, porque la multitud todo lo invadía y en todas partes había testigos que pudieran descubrirlos.

Johnny corrió por la calle tratando de alcanzar a la muchacha que se le había llevado la bolsa del dinero aprovechando el instante mismo en que se apagó la luz. Había sido más lista que él; pero él tampoco era tan tonto que la dejara escapar con el dinero.

Corrió tras una joven que le pareció ser Carolina, la detuvo por el brazo, vió que no era ella y, excusándose como mejor supo, echó a correr de nuevo hasta que encontró a aquella chica a quien buscaba en el mismo campamento de carros dispuestos para la partida.

—No corra usted tanto, que no la persigue el diablo—le dijo, interponiéndose ante ella y obligándola a parar en su marcha.

—¡Déjeme pasar!—ordenó Carolina.

—Luego hará lo que usted quiera, pero antes tiene que darme mi dinero—replicó Johnny sin soltarla del brazo por el que la había sujetado.

—Pero es que tengo que llegar a Fort Bricher—replicó Carolina con acento de niña mimada encaprichada con una fruslería.

—¡Allá usted! ¡Vaya donde quiera! Pero... ¿por qué ha abandonado usted a su papá?—preguntó Johnny mirando con curiosidad a la muchacha, que le replicó prestamente:

—¿Y a usted qué le importa?

—Bueno... haga lo que quiera—dijo Johnny que al fin había conseguido apoderarse de la bolsa. Ahora ya es mío el dinero.

—¡Oh! ¿Quiero devolverme lo que es mío?



—Mi padre me hizo prometer que iba a la fiesta del presidente.



—El presidente quiere que cantes y cantaris.



*Carolina como pasajero en un vaporcito
de los que remontaban el río.*



—La llevaremos hasta donde usted nos diga—



Dejaron el baúl donde Carolina se indicó.



— ¡Es mi dinero! Ese hambre me ha estafado.



*...un grupo de indios estaba en torno a ella
contemplándola como en éxtasis...*



*Gregory y Koppe les habían seguido,
escondidos en el carro...*



*Antes de que el sol estuviera alto en el horizonte
llegó la caravana...*



*Johnny propinó tan fuerte bofetada a Carolina
que la hizo caer al suelo...*



—¡Aunque sea su esposa me da igual!
 ¡Yo evitaré que vuelva a pegarla!



—¡Ya te enseñaré yo a empujar a la gente al agua!



—...cuando me vi solo comprendí que era imposible...



A Yeik le divertió aquella comedia y siguió la faria.



*Roberto quería hallar una explicación
a la extraña conducta de Carolina...*



*Después de la ceremonia nupcial dedicaron al público
la más bella, sentimental y magnífica
de todas sus canciones.*

—No; creo que la suerte me ha favorecido.

—Y yo creo que es usted un grosero.

—He estado soñando durante mucho tiempo en el modo de poder instalarme en California, y ahora se me presenta la oportunidad de repente y cuando menos lo esperaba.

—Pero... ¿de qué está usted hablando?

—De esos cinco mil dólares de recompensa que ofrecen por usted—replicó Johnny con mucho aplomo.

—¡Ah... ya! ¿Son estas sus intenciones?

—¿Le sorprende? — inquirió Johnny con una simpática sonrisa en su rostro franco—. Alguien cobrará ese dinero... ¿por qué no ha de ser para mí?

—Porque es usted un tahir y no puede presentarse ante el sheriff—replicó Carolina que se había dado perfecta cuenta de las trampas que hacía en el juego aquel muchacho que le ganó todo su dinero al viejo Sam.

—Es cierto... No puedo negar mi profesión... No voy a tener más remedio que buscarme un socio—dijo Johnny con aquel imperturbable aplomo con que hablaba siempre y que nada lograba alterar.

Carolina se quedó silenciosa y

pensativa, y Johnny la sacó de su abstracción preguntándole:

—¿Tiene usted algún amigo a quien pudiera interesarle tal negocio?

Un buen rato permaneció Carolina en silencio, como si reflexionase; y luego, muy insinuante, le dijo:

—¿Le interesaría a usted un negocio bueno de verdad?

—¿Mejor que el de los cinco mil dólares?

—¡Mucho mejor! Le daré diez mil dólares si me lleva a Fort Bricher—propuso Carolina en tono decidido.

—A ver el dinero—replicó Johnny desconfiadamente.

—Se lo daré a usted a la llegada a Fort Bricher.

—¡Ja!... — rió Johnny con una carcajada seca e irónica—. En Fort Bricher, ni entre todos los oficiales reunidos se encuentran diez mil dólares...

—Eso ya lo sé... Pero yo no le hablo de los oficiales... ¿Quién es el hombre más rico de California?

—preguntó Carolina, que en un segundo había trazado todo su plan.

—¿El hombre más rico de California?...—repitió Johnny

—Sí...

—Yek Carster, claro — replicó Johnny, porque, aquel nombre, de

todos era harto conocido—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque es el hombre que le dará a usted los diez mil dólares.

—¿Es acaso su padre?—inquirió Johnny, creyendo que comenzaba a comprender.

Carolina hizo un gesto de cabeza muy gracioso y significativo.

—¿Vaya con la niña!... ¡Ahora comprendo! ¿La espera Ycik Carster en Fort Bricher?

—Sí.

—Pues me parece un magnífico negocio el que usted me propone, ¿Dónde está el carro que compró y pagó y luego resultó que no era suyo porque lo compró a quien no era su dueño... y etc., etc., etc., porque la historia del carro es demasiado larga para repetirla?

—¡Ah, pues... aquí cerquita!—indicó Carolina, comenzando a caminar hacia él.

Johnny marchaba a su lado y la iba mirando atentamente. De pronto le preguntó:

—¿Sabe usted cocinar?

—¡Claro que no!—exclamó Carolina, como si le hubiera preguntado una iniquidad—. ¿Pero qué se ha creído usted de mí?

—¿Pues qué bonito!... Un viaje de tres kilómetros cargando con una muchacha que no sabe ni freír

un huevo—murmuró Johnny preocupado.

—Entonces... ¿es seguro que acepta llevarme a Fort Bricher?

—Con una sola y expresa condición—dijo Johnny, que ya desde aquel momento se hacía dueño de la situación.

—¿Cuál?

—Se lo voy a decir. Toleró a cuatreceros y ladrones, lo disculpo todo... menos la mentira... Si no me ha dicho la verdad aun es tiempo de rectificar...

—Recibirá usted el dinero... ¡Le doy mi palabra!—contestó Carolina, afirmando lo único que era totalmente verdad, ya que todo lo demás que se había inventado era una solemne mentira.

Habían llegado al lugar donde estaba el carro llevando todavía colgado el letrero de "se vende". Johnny lo examinó atentamente de un lado y otro, hizo un gesto desdenoso dando a entender que aquello no le gustaba ni poco ni mucho y preguntó mirando a Carolina fijamente como si toda la culpa de aquella mala adquisición la tuviera ella y no fuera hija de las circunstancias:

—¿Es éste?

—Sí—replicó Carolina, viendo como Johnny arrancaba el letrero de "se vende" y metía la bolsa del

F E L I Z Y E N A M O R A D A

dinero en el bolsillo de la chaqueta de su legítimo propietario que estaba profundamente dormido al pie del carro.

—Pues súbase a mi lado—ordenó Johnny, saltando con agilidad por las barras y sentándose en el pescante para conducir los caballos fácilmente.

—¿Nos vamos a ir ahora mismo?—inquirió la muchacha, haciendo denodados e inútiles esfuerzos por subirse al carro, sin lograrlo.

Johnny dejó que probara todas las posibilidades y, cuando ya la vió completamente agotada, la cogió por la cintura, la levantó en vilo y la sentó a su lado, como si fuera un muñeco.

—Nos vamos ahora mismo, sí, señora... La caravana nos alcanzará al amanecer. Si nos quedamos esta noche el sheriff puede descubrirla y detenerla... Y usted no querrá dar esta pena a Yeik Carster, ¿verdad?

—No... no... claro que no... Y gracias por haberme ayudado a subir.

—Por esta vez, pase... Pero que quede bien entendido que usted me contrata para llevarla a Fort Bricher y no para ser su niñera, ¿lo entiende?

—¿Siempre es usted tan amable?—preguntó Carolina, componiéndose y acomodándose en el carro.

—En este viaje hemos de compartirlo todo a medias—dijo Johnny, queriendo dejar bien claras las cosas.

—Está bien... usted cuidará de la mitad del carro y yo cuidaré de la otra mitad.

—Perfectamente. Tome una rienda mientras yo manejo la otra—dijo Johnny, entregándole la rienda y dando un fustazo a los caballos que partieron haciendo crujir y tambalearse el viejo carro que tenía que conducirles hasta Fort Bricher.

Lejos ya de la ciudad, en campo descubierto y aprovechando la apacible serenidad de unas praderas, decidieron parar y acampar en ellas para dormir el resto de la noche y esperar la llegada del resto de la caravana de la que ellos habían formado una forzada vanguardia.

Johnny se acomodó envolviéndose en una manta y Carolina hizo lo mismo, instalándose a una respetuosa distancia del joven.

Durmieron apaciblemente, rendidos por la fatiga del día anterior y por las continuas gestiones que habían tenido que realizar hasta la total adquisición del carro. Y sólo las luces del alba comenzaron a hacerles sentir que era llegada la hora de despertar de aquel reposo tan bien conquistado.

Pero cuando Carolina abrió los ojos, se quedó primero sin voz, aterrorizada por el espectáculo que se ofrecía a ella en su más abigarrada y extraña representación: un grupo de indios vestidos a su usanza y luciendo los adornos de plumas de variados y vistosísimos colores, estaban en torno a ella contemplándola como en éxtasis, admirados de aquella belleza que habían encontrado en la pradera, como si un hada misteriosa y benévola hubiera dejado allí aquella flor maravillosa para halago y asombro de sus ojos.

Asombro fué lo que primero sintió Carolina; luego miedo, un miedo atroz que le hizo lanzar un grito angustioso y aterrador.

Al grito huyeron los indios dando brinco hasta perderse en la lejanía y despertó Johnny que no se había enterado de nada de cuanto acababa de pasar.

—¡Oh!... —suspiró Carolina, mirando a Johnny que se despertaba—. ¿Se han ido ya?

—Sí... ya se han ido... —murmuró Johnny aun entre sueños—. ¿Pero de quién habla?

—De los indios... que estaban aquí... ahora mismo... Cuando desperté me estaban rodeando.

—Sus gritos los han asustado y dispersado... ¡Pobrecillos! —exclamó Johnny, fingiendo gran constet-

nación—. Sus gritos les han hecho correr pensando que se hundía el mundo.

Entonces se fijó Carolina en dos nuevos personajes de los que ya se había casi olvidado: Gregory y Koppa que, escondidos en el interior del carro, habían llegado con ellos y que ahora intentaban de nuevo apoderarse del baúl que contenía aquel tesoro por ellos tan codiciado.

Carolina, levantándose de un brinco, saludó con alegría a sus viejos amigos:

—¡Alteza!

Koppa murmuró a su amigo con voz asustada:

—Mira, Gregory... nos han descubierto... ¿Qué hacemos ahora?

—Podemos decir que íbamos de visita...

—No, no, no... no es excusa...

—O que nos marchamos por miedo a perder el barco... ¡El caso es correr!

—Ya no tenemos tiempo. Aquí llegan...

Gregory y Koppa, a un tiempo, haciendo una profunda reverencia, saludaron a Carolina que estaba ante ellos:

—Madame...

—¡Si que es una sorpresa encontrarles a ustedes aquí! —exclamó la joven—. ¿Cómo han venido?

Atropelladamente y en su propio idioma dieron una larga explicación los dos a un mismo tiempo, explicación que, por fortuna, Carolina no entendió porque no sabía el ruso, y esto les dio tiempo a reponerse, a ordenar un tanto sus ideas y a poder decir con una cierta calma:

—Pues verá, madame, estamos aquí por una extraña casualidad...

—Sí... eso... por una extraña casualidad... — afirmó Gregory, asintiendo a todo cuanto su amigo iba diciendo.

—Pues eso... por una extraña casualidad pasamos junto a su carro, allá, en la ciudad... y vimos que su baúl estaba sin ninguna protección ni vigilancia de ninguna clase y ¡claro!... nos dijimos... nos dijimos... pues...

—Pues nos dijimos... "Madame es muy descuidada con su valioso baúl" — ayudó Gregory a Koppa, dándose cuenta de que éste ni sabía por dónde continuar.

—Eso, muy descuidada... ¡con tantos ladrones como hay por ahí!

—Y la ciudad llena de gentes extrañas en vísperas de un viaje largo hacia tierras desconocidas...

—Por esto nos dijimos mi amigo y yo... "El baúl corre mucho peligro y madame no se da cuenta de ello".

—Efectivamente, esto nos dijimos—asintió Gregory.

—Y decidimos cuidar del baúl de madame, ¿verdad, Gregory? — añadió Koppa, haciendo un gesto de satisfacción a su amigo, porque iban encontrando el camino por el cual salir de su atolladero.

—Sí, sí, sí, exacto, esto mismo es lo que dijimos... De modo que nos subimos al carro para cuidar de él y... claro... para cuidar de él...

Otra vez volvía a atolondrarse Gregory, sin saber cómo continuar, cuando Koppa salió en su ayuda:

—¡Imagínense... y nos dormimos! ¡Ja, ja, ja!... ¿No lo encuentra gracioso?

—¿Verdad que resulta muy gracioso?—rió Gregory, admirado de la imaginación de Koppa.

—Sí... muy gracioso... Pero al despertar... ¡qué espanto! Nos vimos completamente rodeados de indios.

—¿Indios? — preguntó Carolina, muerta de miedo al solo recuerdo de los que la habían rodeado a ella durante su sueño.

—Sí, indios... y sólo pensamos en el baúl. ¡Queríamos salvarlo a toda costa! ¡Tuvimos que luchar con ellos encarnizadamente! ¡Fue una terrible carrera la que emprendimos... digo, una terrible pelea!—se corrigió, dándose cuenta de que iba

a descubrir toda la mentira que estaban urdiendo.

—Fue terrible, en verdad. Pero el caso es que lo salvamos—concluyó Koppa, mostrando con orgullo el baúl celebrísimo del que nunca podían apoderarse por completo.

—¡Oh... qué horror! — exclamó Carolina, verdaderamente admirada de aquel relato sensacional—. ¡No sé cómo agradecerles su intervención! ¡Si algo le hubiese pasado a mi baúl yo no sé lo que hubiese hecho!... Fue muy descuidada, lo reconozco. Pero gracias a Dios todo salió bien.

Johnny había estado observando con mucha atención toda aquella escena, había escuchado en silencio el relato y, cuando creyó que ya todo quedaba lo suficientemente aclarado, preguntó a Carolina:

—¿Son amigos suyos?—y señaló a aquellos dos perillanes que se hacían pasar por grandes señores.

—Sí—afirmó Carolina con mucho orgullo—. Y además son los dos únicos caballeros que he encontrado en esta tierra de salvajes.

—Con su permiso les acompañaremos hasta California... Así vigilarémos constantemente el baúl—sugirió Gregory que encontraba muy cómodo huir de la policía por aquel fantástico procedimiento que no sólo no les costaba dinero sino que

les prometía, a poca buena suerte que tuvieran, una pingüe ganancia con el robo definitivo del baúl en cuanto la ocasión se presentara propicia.

Johnny les miró atentamente, como si no se decidiera a dar su consentimiento para que les acompañasen, y luego preguntó:

—¿Saben cocinar?

—Claro que sí—replicó Koppa—. La última vez que...

Pero Gregory le interrumpió rápidamente antes de que continuara:

—¿Cocinar? ¿Yo, el príncipe Gregory Alexandrowich Strogonofski, cocinar?... ¡Pues claro que no! ¡Cómo voy a saber cocinar!—dijo con presopopeya.

—Entonces... ya pueden volver a la ciudad... Pero de prisa, para que lleguen a ella antes del anoecer... porque no tendrán carro para el regreso...

—Pero... —murmuró Koppa, desconcertado.

—¿Es que no quiere que les acompañemos?—Inquirió Gregory, contrariado.

—He dicho que andando...—insinuó de modo contundente Johnny, que no se andaba por las ramas para dar órdenes.

Carolina intervino:

—Un momento, un momento... Estos caballeros no se marcharán...

F E L I Z Y E N A M O R A D A

Compartirán el carro con nosotros.

—La mitad que me corresponde está completa—dijo Johnny sin dar su brazo a torcer.

—Pero la mitad mía es lo bastante amplia para albergar en ella a mis amigos — respondió Carolina, que tampoco era aficionada a ceder.

* * *

Antes de que el sol estuviera alto en el horizonte llegó la caravana que había salido de la ciudad pocas horas después de la partida del carro que llevaba a los cuatro personajes a quienes los indios sorprendieron durmiendo apaciblemente bajo el cielo estrellado y sobre el mullido suelo de la pradera.

Venían los carros en fila india, conducidos cada uno por su propietario y rebosando gentes y enseres, aunque muchos de los viajeros, cansados ya del traqueteo y del movimiento torpe de los carruajes, preferían caminar al lado de los mismos, conduciendo y vigilando los animales que con ellos llevaban.

Unos hombres a caballo corrían a

lo largo de la interminable recua, poniendo orden y dando instrucciones para que siguieran todos por el mismo camino y nadie quedara rezagado o se extraviara en aquella inmensidad del país que estaban cruzando.

Aquellos hombres llegaron hasta donde estaba el carro de Carolina y Johnny, y uno de ellos les preguntó con su chispita de sorna:

—¿No pensarán hacer el viaje solos, verdad, si es que piensan ir hasta California?

—No, no pensamos ir solos; sino que esperábamos la caravana para incorporarnos a ella—respondió Carolina.

—Pues sean bienvenidos a nues-

tra caravana... Quedan admitidos siempre y cuando ustedes se sometan a nuestras reglas y ordenanzas. ¿De quién es el carro?—inquirió, sacando un block de notas para apuntar en él todos los antecedentes.

—Mío — replicaron a un mismo tiempo Carolina y Johnny.

—Bueno... es nuestro a medias—explicó Carolina con la más encantadora de sus sonrisas—. ¿Comprende?

—Sí... ¿Están casados?

—¡No! — negaron, también a un tiempo, ella y él.

—¿De ninguna manera!—aseguró Carolina con un gesto altivo y desdenoso, mirando a Johnny como si sólo la idea de poder estar unida a él fuera como una blasfemia.

—¿Son hermanos, entonces?—inquirió él de a caballo.

—No, ni siquiera somos parientes—explicó Carolina.

El hombre montado a caballo les examinó con una larga y significativa mirada y dijo:

—Pues entonces la cosa varía mucho... En esta caravana no admitimos mujeres solteras... Nadie tiene tiempo de asumir la responsabilidad de las muchachas... Aquí cada chica ha de ir acompañada de un hombre que sea su pariente cercano: padre, hermano o así... Si son

señoras ya no se les exige más que la compañía de su marido—concluyó, queriendo dejar bien sentado que no se permitía la inclusión en la caravana de parejas equívocas.

—Pero... es que...—balbució Carolina, muy desconcertada.

—Bien... yo creo que lo mejor es decir la verdad...—dijo Johnny, decidido a todo con tal de no perder aquella oportunidad única de ir a California sin el menor gasto y con la perspectiva de cobrar cinco mil dólares—. Debido a la oposición tenaz de su familia, esta señora mantiene su matrimonio secreto... Pero lo cierto es que se casó hace dos meses con... ¿cómo dice que se llama?—preguntó, mirando a Gregory que captó en seguida la intención de Johnny y que aceptó encantado porque para él también era una verdadera ganga aquel viaje.

—Príncipe Gregory Alexandrovich Strogonofski — dijo, presentándose muy cortésmente.

—Ya lo ha oído usted. El nombre no es fácil de recordar. Pues éste es el marido de la señora—dijo Johnny lanzando una mirada de soslayo a Carolina que mostraba la mayor indignación en sus facciones, aunque procuraba disimular toda su rabia para no estropear una combinación de la cual la única víctima era ella.

—¿Ese... caballero? — inquirió consternado el hombre del caballo, no acertando a comprender cómo una muchacha tan bonita y atractiva hubiera podido casarse con aquel hombre tan vulgar.

Tras un breve descanso la caravana se puso de nuevo en movimiento. Carolina, cansada de la inmovilidad forzada del interior del carro, marchaba ahora junto a él a un paso ligero y grácil.

Johnny, que conducía los caballos, la miró con sorna y le preguntó con muy marcada ironía:

—¿Todo va bien... señora Strogonofski?

Carolina no contestó, pero saludó a otra señora de la caravana que la saludaba desde lejos con la misma pregunta de Johnny:

—Sí, sí, señora Brown... todo va muy bien—dijo, sonriendo forzosamente, porque era todo lo contrario de lo que ella decía.

Ni Carolina ni Gregory se sentían a gusto en aquel nuevo y extraño estado que les había creado Johnny, quedando él al margen de todo aquel lío. Gregory estaba muy contrariado y se hacía explicar por Koppa lo que había sucedido.

—Yo no lo entiendo bien, ni que me lo expliquen.

—Sí, Gregory, así es una cosa muy fácil de entender—se empeña-

ba en decir Koppa que tenía la inteligencia más clara que su amigo, aunque éste a veces le hacía pasar por su criado y le obligaba a llevar el equipaje de un lado a otro como un verdadero lacayo.

—No, amigo Koppa, yo no lo entiendo bien. No está claro. Tan pronto estoy casado como soltero. No sé qué lío es este.

—Pues es fácil de entender, Gregory Alexandrovich. Es la costumbre de esta tierra. Unas veces soltero y otras veces casado...

—¿Pero a mí quién puede probarme que estoy casado?

—¿Pero qué más pruebas quieres aún?—inquirió Koppa, extrañado de que su amigo no entendiera lo que a él le parecía tan claro como la luz del sol.

—¿Pruebas?... ¿Pero es que tú tienes pruebas?

—¡Claro! Todo el mundo lo dice... "Buenos días, señora Strogonofski..." "¿Cómo está usted, señora Strogonofski?" "Mucho gusto, señora Strogonofski..."

—Calla, calla, calla... —suplicó Gregory que ya comenzaba a sentir algo así como síntomas de la locura—. Vamos a ver si nos entendemos. Tú te apellidas Petroski, ¿verdad? Pues bien, supón que de la noche a la mañana una mujer a la que tú no conoces, dice ser la

señora Petroski... ¿Tan sólo por esto es ya tu mujer?

—¡Claro! — afirmó Koppa, muy seguro de su afirmación—. ¡Claro que no!

—Así, si una mujer afirma que es la señora Strogonofski, todos asienten asegurando que es mi esposa... Pero si una mujer dice que es la señora Petroski no puede ser tu esposa... ¿por qué? — preguntó Gregory, desesperado.

—Porque Petroski es un nombre falso—replicó Koppa, riendo de su propio chiste.

—¡Miren qué gracioso!—masculó Gregory, enfadado y marchando a pasos forzados para reincorporarse a la caravana de la que inconscientemente se había apartado.

El único que gozaba de la situación equívoca que él mismo había creado era Johnny, que continuaba siendo el verdadero dueño del carro y que conducía con mano segura los caballos por aquellos caminos apenas trazados, llenos de baches, con grandes hondonadas abiertas por las lluvias y de una tierra tan fangosa que las ruedas se hundían en ella casi hasta el eje, dificultando la marcha de la caravana y haciendo penosísimas aquellas jornadas.

Un día, cuando Carolina caminaba junto al carro, desentumeciendo

sus miembros de las largas horas que pasaba metida en él, en incómodas posiciones, Johnny se inclinó un poco y le dijo, envolviéndola en aquella mirada que alteraba los nervios de Carolina, porque adivinaba en ella un poco de burla y otro poco de venganza:

—¿No se le ha ocurrido nunca pensar, señora Strogonofski, que hay muy buenas razones para que nadie se salga del camino?

—Que yo sepa, no hay nada en nuestro acuerdo que le permita a usted ordenarme por dónde debo andar—replicó Carolina, que caminaba por el peor sitio del camino.

En aquel mismo instante en que pronunciaba estas palabras, dió un paso en falso y cayó en un charco.

—¡Lo siento!... por el vestido!—exclamó Johnny, riéndose.

Carolina se levantó prestamente y se limpió como pudo el vestido, lanzando miradas de indignación a Johnny que fustigaba a los caballos para alejarse un poco de Carolina y así conseguir que no llegaran a él las fulminaciones de aquellos ojos tan bonitos, tan bonitos que cuando le miraban le dealumbraban con su fulgor.

Continuaba la caravana su marcha lenta a través de praderas y montañas, siempre en dirección al Oeste, con cortos acampamientos

para dar descanso a personas y animales, vigilando siempre cualquier posible ataque de los indios y procurando estar constantemente agrupados a fin de que nadie sufriera daño ni menoscabo en aquel larguísimo viaje, ya bastante peligroso para dejar de adoptar todas las precauciones necesarias encaminadas a evitar cualquier contingencia desagradable.

Durante las horas que dedicaba a descansar, y que eran las habituales de las comidas, además de las que destinaban al descanso nocturno, se reunían en torno a las cocinas las señoras que se ayudaban a guisar o se explicaban cómo hacían tal o cual plato, y se charlaba así largamente de naderías sin importancia, charlas que iban manteniendo una amistad creciente entre los componentes de la caravana que ya llegaban a considerarse casi como de la familia a fuerza de vivir juntos horas de zozobra, de fatiga, de tedio y de angustia, que de todo había en aquel viaje largo hacia lo desconocido.

Un día, en aquellas horas de parada, el sheriff, que viajaba con la caravana para imponer su autoridad en cualquier momento que ello fuera necesario, preguntó a unas señoras que habían saludado afectuosamente a Carolina, que camina-

ba entre los carros distraídamente:

—¿Es seguro que esa muchacha está casada? La hija del senador es soltera... sería conveniente interrogarla... Vamos allá — añadió, dirigiéndose a Bigelow, uno de los caballistas que conducían la caravana.

Johnny había escuchado aquellas palabras y, adelantándose al sheriff, llegó junto a Carolina y le propinó tan solemne bofetada que la hizo caer al suelo, mientras murmuraba, rápido:

—Usted perdone... pero es preciso...

E inmediatamente, sujetando con toda su fuerza a Gregory, le increpó duramente a tiempo que llegaban el sheriff y Bigelow:

—¡No volverá a pegarla mientras yo esté aquí! — gritó con una ira perfectamente fingida.

—¿Pero?...

—¿Qué?...

A un tiempo habían pronunciado aquellas dos interrogaciones Carolina y Gregory, que no salían de su asombro.

—¡Aunque sea su esposa, me da igual; yo evitaré que vuelva a pegarla! — siguió increpando Johnny con vehemencia, mientras algunos hombres de la caravana acudían a separar a los contendientes y Bigelow preguntaba, interponiéndose entre ellos:

—Pero, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Que este bandido ha vuelto a pregar a su mujer! — explicó Johnny.

—¿Yo?...—protestó Gregory, rabioso—. ¡Si no la he tocado!

—Si él no me ha hecho nada... de veras... — porfiaba Carolina, llena de indignación.

—No se esfuerce usted en negarlo. No es la primera vez que lo presencio, y no consentiré que vuelva a pasar. ¡No le defienda usted, por lo menos! — gritó Johnny, volviendo a arrojarle contra Gregory mientras exclamaba:

—¡Y a usted ya le arreglaré yo!...

—Pero si Gregory no ha hecho nada...—insistía Carolina.

El sheriff intervino tratando de apaciguar los ánimos:

—Vamos, calma, calma... Estése quieto... Cállese ya—dijo a Johnny, sujetándole para que no acabara destrozando a Gregory al que trataba como a un pelele.

—¿Qué se ha creído ese... hombre?—gruñía Johnny debatiéndose entre los brazos de los que intentaban sujetarlo—. ¡Suéltanme!... ¡Suéltanme!...

—Es el sheriff — explicó Bigelow a Johnny—. Está buscando a

la hija del senador que se ha escapado de casa de su padre...

—A mí esto me importa un bledo—replicó Johnny mintiendo con un aplomo que asombró a la propia Carolina—. ¡Yo voy a darle su merecido a ese bandido!...

—Pero todo esto es un malentendido...—quiso explicar Gregory.

Johnny no le dejó, porque tenía un arranque y una facilidad de palabra, que todo lo arrollaba, llegando a aturdir al propio sheriff que se las vió y deseó para poner paz entre aquellos hombres.

Carolina se había dado cuenta de las razones que indujeron a Johnny a adoptar aquellas medidas tan contundentes, y, cambiando de actitud, mostrándose como una esposa buena, sumisa, leal y resignada, dijo al sheriff y a todos los que le habían secundado para separar a los dos hombres:

—Váyanse todos y todo se arreglará fácilmente... Muchas gracias por haberme querido ayudar... Gregory no es ningún mal esposo... sólo me pega cuando le hago enfadar...

—¿Cuando me hace enfadar? ¿A mí?... ¿Que me enfado yo?...—balbució Gregory que cada vez estaba más aturdido y comprendía menos todo lo que pasaba a su alrededor.

—¡Canalla!—murmuró una de las señoras de la caravana, apenada por

la terrible conducta de aquel mal esposo.

—¿Cómo dice que se llama?—inquirió el sheriff, cuando ya vió apaciguados los ánimos.

—Strogonofski—dijo Bigelow.

—Princesa Strogonofski—confirmó Johnny, dándole el título.

—Pues por las señas... desde luego se parece mucho a Carolina, la hija del senador—afirmó el sheriff, mirando fijamente a la joven.—¿Y se llama usted Strogonofski?

—Sí, señor, sí... este es mi nombre de casada... Pero antes de mi boda me llamaba simplemente Magui Murfi... ¡Ah!—suspiró Carolina como la más consumada de las actrices.—A veces me gustaría volver a ser como antes... He intentado ser una buena esposa, pero comprendo que no siempre me he portado bien con Gregory... ¡Lamento haberle provocado hasta el punto de que me pegara!... No solamente por mí... ¿comprende? Sino porque... ¿sabe?—dijo, muy ruborosa y turbada—, porque pronto tendremos... ya comprende, ¿verdad?

—¡Pobrecilla! —murmuró Johnny, muy divertido al verse tan bien secundado en aquella farsa.

—¡Oh, cuánto siento molestarles!... Pero les agradecería que me dejaran sola... No me siento muy bien...

—Sería mejor que la viese un médico—sugirió Bigelow.

—Cuando era joven solía cuidar a las vacas—dijo el sheriff.—¿Podría servirla de algo?—ofreció ingenuamente.

—Gracias, sheriff... pero tenemos un médico amigo... La llevaré ahora mismo...

—Siento causarle tanta molestia—murmuró Carolina, mirando a Johnny con mirada de agradecimiento.

—Para mí no es ninguna molestia, señora—replicó éste, muy galante y rendido.

—La verdad es que hay tipos que nunca aprenderán a ser hombres—masculló Bigelow, indignado por la conducta de Gregory.

Johnny cogió en brazos a Carolina, con todo cuidado, como si llevara en ellos un tesoro inapreciable, y se alejó, como si realmente fuera en busca de un médico:

—De buena se ha librado, ¿verdad?—le dijo, cuando ya nadie podía oírlos.

—Sí... Muchas gracias por lo que ha hecho—dijo Carolina, mirándole con aquellos ojos que despedían tanta luz que cegaban los de Johnny, aunque éste no quisiera confesarlo.

—No tiene nada que agradecerme. He defendido únicamente mis diez mil dólares—replicó—. Su pa-

F E L I Z Y E N A M O R A D A

dre está decidido a que no llegue a Fort Bricher, ¿verdad?

—Desde luego no aprueba mi boda...

—Debe de estar chapado a la antigua... ¿Querrá para usted un esposo joven y fuerte y de una familia honrada!... Claro, todo no se puede tener, ¿verdad?

—¿Y qué va usted a hacer en California? —preguntó Carolina a su vez, para desviar la conversación—. ¿Jugar a las cartas... con suerte siempre favorable? —añadió con sarcasmo.

—Es probable que al llegar allí me case...

—¡Ah!... —suspiró Carolina, sintiendo algo en el pecho que de no haber estado obcecada hubiera comprendido en seguida que era un amago de celos—. ¿Cómo es ella?

—¿Quién? —preguntó Johnny, mirándola apasionadamente.

—¿La chica con quien va a casarse? —preguntó Carolina, sin darse cuenta de aquella mirada que era ya por sí sola una confesión.

—¡Maravillosa! —exclamó Johnny poniendo los ojos en blanco—. Le gusta reír y divertirse... Claro que sabe ser seria también... Es el ancla que un hombre necesita en la vida.

—Comprendo...

—Yo quisiera vivir en una nube... —explicó Johnny, poniéndose romántico.

—¿Una nube?... —repitió Carolina

—Sí... allá arriba, en el cielo... Ya tengo elegida una. Es la nube número siete. Y ella tiene otra... una nube suave y blanca, como ella misma... Es la nube número uno. Yo creo que podríamos juntar las dos... y tratar de combinar los números uno y siete, y vivir en la nube número 17 eternamente felices...

—¡Oh!... —suspiró Carolina, dejándose arrastrar por aquel sueño tan hermoso—. ¿Y cómo se llama?

—¿Quién?

—La que ha de compartir su nube.

—No sé... ¡no la he descubierto todavía! —replicó Johnny, volviendo a su tono desprocupado y tranquilo.

—¡Ah... bien!... —murmuró Carolina, decepcionada—. ¿No cree que más vale que me suelte y me deje ya en el suelo? Ya nadie nos ve y estoy perfectamente.

—Sí... será mejor... desde luego... —replicó Johnny depositando en el suelo aquella carga tan dulce y deliciosa con la que se hubiera com-

F E L I Z Y E N A M O R A D A

placido en marchar a lo largo del camino de toda su vida.

Carolina se arregló un poco el traje y dijo, después, mirando a Johnny:

—Le doy las gracias por todo... por haberme pegado... por...

—De nada, de nada... Quizá otro

día pueda usted hacer lo mismo por mí—atajó Johnny

—Bien... hasta luego...

—Hasta luego... Carolina — murmuró Johnny, acariciando aquel nombre que decía así, despacio y saboreando cada letra, por primera

vez.

* * *

A lo largo del viaje muchos ratos la voz de Carolina se había alzado clara y vibrante en el silencio de los campos, cantando bellísimas canciones que los ecos iban trasladando de montaña en montaña, haciendo con ellos una deliciosa música de fondo.

Cantaba Carolina canciones románticas, amorosas, suaves, que ponían una nota de hondo romanticismo en todos los corazones, aun en los más desesperanzados.

Una tarde, dulce y suave, Carolina, soñadora, cantaba una de estas bellísimas canciones que, entonadas por ella, adquirían una gracia espiritual y alada: "No sé dónde estoy—decía la letra de la canción—. Jamás había perdido así mi camino. ¿Cómo he podido llegar tan cerca del paraíso? Nunca había visto tan cerca brillar las estrellas. ¿Qué va a sucederme? Algo nuevo canta en mi corazón, como si fueran las trompetas de los ángeles que me anunciaran algo muy bello... Todo a

mi alrededor parece pronunciar mi nombre y como si alguien me cogiera de la mano, me parece estar caminando por una tierra de ensueño. Si esto es el amor... ¿qué puedo hacer yo? Vivir así siempre, soñando a tu lado..."

Y mientras ella cantaba, feliz y enamorada, cruzando las amplias y suaves praderas que conducían al Oeste, su padre luchaba denodadamente para conseguir que un carro le llevara a él en persecución de aquella hija discolá que le había desobedecido y huía de su lado corriendo la más descabellada de las aventuras.

Había Forat contratado con Sam uno de aquellos carros que el viejo vendía, de los que decía ser lo mejor del mundo, perdiendo dinero en la venta y sacrificándose por el comprador hasta el punto de dárselo casi regalado y que luego resultaba o que no era suyo el carro o que endosaba un armatoste tan viejo, gruñiente y tambaleante que se cami-

naba por aquellos caminos de Dios como si se anduviera sobre las más encrespadas olas del océano.

Así, balanceado por aquel vaivén fatigoso, avanzaba Forst en busca de su hija, conducido por un guía al cual también había contratado junto con el carro.

Pero la caravana le llevaba mucha delantera y no conseguían darle alcance, y el viaje se hacía cada vez más y más penoso.

La caravana seguía su marcha imperturbable, muy bien organizada, vigilada constantemente por Bigelow y sus hombres que conocían el terreno y hacían marchar a los carros por los lugares menos peligrosos y más amenos, descansando más tiempo a medida que se iban prolongando las jornadas, porque ya las gentes comenzaban a dar señales de una gran fatiga.

Acampaban aquel día a la ribera de un río poco caudaloso, y se había anunciado que permanecerían todo el día acampados a fin de reponer fuerzas y de dar un descanso prolongado a los miembros entumecidos.

La mayoría de los viajeros corrieron al río para bañarse en él y lavarse concienzudamente después de muchas jornadas en que el agua no había abundado y se había

tenido que reservar exclusivamente para los usos domésticos.

Johnny había ido hacia el río también, y se disponía a lavarse cuando pasó Carolina a su lado y, sin poder contenerse, le dió un empujón y lo arrojó vestido al agua, lanzando al propio tiempo una fresca y gentil carcajada.

—¡Oh... no se enfade!—exclamó, al ver salir a Johnny del agua con el sombrero puesto—. No he podido contenerme.

—Tampoco yo voy a contenerme—replicó Johnny, llenando de agua su sombrero y corriendo en persecución de Carolina que corría a todo correr, huyendo de aquella ducha que iba a recibir, como venganza.

—No... no... no me moje!—gritaba, corriendo como una chiquilla— ¡No se atreverá! ¡No se atreverá!...

—Conque no me voy a atrever, ¿eh? ¡Ya verás si te alcanzo!

—¡No, no, no!... ¡Por favor!—gritaba Carolina, riendo a grandes carcajadas, mientras corría con toda la fuerza de sus piernas para no ser alcanzada—. ¡Johnny, déjeme, por favor!... ¡No me moje!...

—Ya le enseñaré yo a empujar a la gente y meterla de cabeza en el río...

—No lo haré nunca más... Seré

buena... — prometía Carolina, como una niña sorprendida en una diablura.

—Un poquito de agua no le hará daño...

Ella había alcanzado y la retenía por los brazos, mirándola a los ojos apasionadamente. Carolina también se quedó prendida en aquella mirada como si le atrajera hacia los ojos de Johnny una irresistible fuerza. Estaban tan juntos que parecía iban a besarse, y se reían como dos niños dichosos al terminar un juego. Carolina se había dejado caer al suelo, rendida por la fatiga de la carrera y rendida también por aquella fuerza que sobre ella ejercía la mirada de Johnny. Este se sentó a su lado, sin dejar de retenerla por el brazo, y le repetía, sonriéndole, más como una caricia que como una amonestación:

—¡Ya te enseñaré yo a empujar a la gente al agua!...

La voz de Bigelow les sacó de la abstracción en que se habían quedado. Bigelow iba recorriendo todo el campamento dando la noticia para que aquellos a quienes interesara pudieran aprovecharse de ello:

—¡Los que vayan a Fort Bricher deben desviarse de nuestro camino! ¡Hay un carro que sale para Fort Bricher! ¡Si alguien quiere ir en él que se apresure! ¡Va a salir un ca-

rro para Fort Bricher!... ¡Sale un carro para Fort Bricher!...—la voz de Bigelow se iba alejando ya del lugar donde estaban Carolina y Johnny. Ella se puso en pie rápidamente y dijo, decidida:

—¡A Fort Bricher! Voy a marcharme en ese carro...

Salió corriendo y tras ella marchó Johnny que quería dejarla bien acomodada con sus nuevos compañeros de viaje.

Los que partían para Fort Bricher eran la familia Brown, a la que Bigelow daba sus instrucciones a fin de que pudieran llegar allí sin dificultad.

—Está a unas cuatro horas de distancia al paso de los caballos—les decía.

—Entonces podemos llegar allí antes del anochecer—dijo Brown, sacando sus cuentas.

—Si se marchan en seguida, sí. Nosotros acamparemos aquí hasta mañana. La gente está muy cansada y los animales también. Hay que darles unas horas de reposo.

—Bien, pues no perdamos tiempo. ¡Adiós señor Bigelow, y muchas gracias por su consejo y ayuda!—dijeron los Brown estrechando la mano del hombre que se había desvivido durante todo el viaje para hacer menos penosas las jornadas a los emigrantes.

—Que tengan buena suerte... Y ya saben—replicó Bigelow, embromándoles—. Si se cansan de plantar patatas en Fort Briger vengán a buscar oro a California.

Ya estaban todos los Brown colocados en el carro y dispuestos a partir cuando llegó Johnny corriendo.

—¡Un momento, un momento, señora Brown!... ¿Tiene usted sitio en su carro para otro viajero? Hay aquí una señora que quisiera ir a Fort Bricher.

—Sí... creo que podremos arreglarnos... ¿Quién es? —inquirió Brown, dispuesto siempre a hacer un favor.

—La señora Strogonofski —dijo Johnny, presentando a Carolina.

Fue recibida jubilosamente por aquel matrimonio que sentía una gran simpatía por la desgraciada señora Strogonofski.

—Sea bienvenida a nuestro carro. Por la señora Strogonofski se puede hacer cualquier sacrificio. Aunque no hubiéramos tenido sitio siempre se hubiera habilitado algo para usted, señora —dijo Brown, acogiendo con afecto a la muchacha.

—¡Al fin se ha decidido usted a dejar a aquel mal hombre!—exclamó la señora Brown, satisfecha—. ¡Ya era hora!

—Vamos a recoger sus cosas... y volvemos en el acto—dijo Johnny, queriendo precipitar los acontecimientos.

—Pero Johnny... yo... no... no...—habució Carolina que ahora ya no tenía interés alguno por ir a Fort Bricher, porque se sentía locamente enamorada de aquel muchacho que la había sabido conquistar con sus simpatías, su fuerza y su carácter lleno de deliciosas excentricidades.

—Recuerde que Yeik Carster la está esperando —dijo Johnny en voz baja a la muchacha—. Debe usted partir sin dilación.

Y dando órdenes concretas a Gregory y Koppa, les dijo en un tono que no admitía réplica:

—Lleven el baúl de la señora al carro de los Brown.

—¿Que llevemos el baúl?... Yo creí que madame...—quiso protestar Gregory, que se veía separado de pronto del baúl maravilloso.

—No es hora de discutir, señor Strogonofski... —se impuso Johnny—. Su mujer le abandona porque no puede seguir sufriendo sus malos tratos... Ponga el baúl ahí, a un lado... Yo me haré cargo de la maleta y la sombrerera...

—¡Qué país tan extraño! Me casan y descasan en un momento, sin yo sentirlo ni enterarme...

—No grufia y dese prisa. Hay

que llevar el baúl al carro de los Brown—ordenó Johnny.

Y sin hacer caso de las miradas que Carolina le lanzaba, ni de sus suspiros, ni de que de tiempo en tiempo lanzaba al viento la exclamación de su nombre —¡Johnny!— como si invocase a un espíritu pidiéndole auxilio, llevó a la joven hasta el carro de los Brown.

—Le aseguro que ha sido un viaje muy agradable, señora Strogonofski... —le dijo con un deje de ironía que hizo mucho daño a la enamorada criatura—. Me acordaré mucho de usted...

—¿Pero qué va usted a hacer?— inquirió Carolina que no podía adivinar las intenciones de Johnny.

—Vamos, los Brown la esperan... No podemos entretenernos más... Vamos, vamos...

—¿Pero es que olvida el trato que hicimos?— preguntó Carolina, mirándole fijamente con sus grandes ojos en los que brillaba la luz del amor—. ¡Le debo a usted diez mil dólares!

—Ya me los pagará cuando llegue a California— replicó Johnny con un gesto de gran señor al que le molestaba hablar de dinero.

—Tal vez no vuelva a verle nunca...—murmuró Carolina con honda tristeza.

—Nos volveremos a ver... La en-

contraré donde sea... y todo se arreglará, no se preocupe... ¿Listos, señor Brown? — preguntó al dueño del carro, después de haber ayudado a subir a Carolina a él.

—Listos.

—¡Pues en marcha! —ordenó Johnny, despidiéndose con la mano de Carolina—. ¡Adiós, señora Strogonofski!

—¡Adiós... adiós... adiós! —murmuró Carolina mientras el carro se alejaba haciendo chirriar sus gomas y brincando sobre los baches del camino.

Gregory y Koppa, al lado de Johnny, veían alejarse de ellos, ¡ay, para siempre!, el codiciado baúl, tan vigilado, tan traído y llevado por ellos y que ahora les volaba de las manos arrancándoles toda posibilidad de apoderarse de él. La más negra desesperación se reflejaba en sus rostros mientras veían que, entre una nube de polvo, el carro se iba perdiendo en la lejanía, acrecentando cada instante más y más la distancia que les separaba del codiciado tesoro.

Y Carolina veía diluirse en el fondo azul del cielo las figuras de los tres hombres que le hacían ¡adiós! con la mano y de los cuales sólo en uno pensaba su corazón, mientras los ojos se le nublaban de

lágrimas ante aquella brusca e inesperada separación que le hacía perder sus más caras y bellas esperanzas.

* * *

Aquella noche, en el campamento que había formado la caravana, las hogueras levantaban la luz de sus antorchas en la oscuridad profunda del firmamento. La gente, en torno a ellas, cantaba suaves y dulces melodías que iniciaba una voz y a la que se iban uniendo lentamente las demás hasta formar un nutrido coro lleno de nostalgias y de melancolías.

Tras las canciones y excitados por ellas vino el baile y la gente joven se divirtió bailando en torno a las hogueras. Y algunos chuscos bailaron cómicamente poniendo una nota humorística a la fiesta nocturna improvisada y espontánea.

Johnny, sentado al borde del carro en el que había viajado hasta allí con Carolina, meditaba nostálgico sin tomar parte en los festejos de la multitud. No quería ni cantar

ni bailar. Estaba triste, infinitamente triste; pero no quería que su tristeza se trasluciera y que pudieran burlarse de ella sus compañeros de viaje.

El baile continuaba cada vez más animado y Gregory y Koppa tomaban parte en él con verdadero entusiasmo, escogiendo a las muchachas más lindas de la caravana para bailar con ellas y gastarles más de una broma pesada que disgustaba a las jóvenes y que hacía romper en carcajadas a aquellos dos perillanes que viajaban en busca de aventuras de todas clases.

Johnny, en un momento en que se dió cuenta de que Koppa estaba abrumando a una chica con sus bromas insoportables, saltó del carro, fué a ellas y, sin previa explicación, cogió entre sus brazos a la muchacha.

cha y se alejó de Koppa bailando con ella tranquilamente.

Koppa se quedó rojo de ira viendo cómo le robaban su presa y Gregory, irónico, le preguntó:

—¿Por qué te has dejado quitar la chica por ese hombre?

—Porque... porque es tan fuerte como yo... —replicó, temblando de rabia.

—¿Y qué importa esto? ¿Sabes lo que yo hubiera hecho con él en tu lugar?

—¿Qué?—preguntó Koppa, bohaliconamente.

—¡Esto!—dijo Gregory saltándole un mamporro, porque tenía ganas de desahogar su coraje—. ¡Y luego esto... y esto!...—añadía, descargando, cada vez que lo decía, nuevas bofetadas en la mejilla de Koppa.

—¿Y luego?...—preguntó Koppa.

—Pues le tendría muerto de miedo y le daría así... ¿Si es una mujer que vale la pena de luchar por ella...

iba a consentir yo, el príncipe Gregory Alexandrovich, que a un amigo mío le arrebataran la mujer así como así?... ¡Nunca en la vida!—dijo con énfasis, sacudiéndose las manos tranquilamente, como si aquel desahogo le hubiera sentado muy bien.

Ante aquella lección tan prácticamente demostrada, Koppa se creyó ya lo bastante sabio para intentar una cosa parecida, y, marchando decidido a una pareja, cogió a la muchacha sin previa explicación; pero el caballero no se contentó con dejarse arrebatarse a su dama y arremetió contra Koppa con tal fuerza y tal ímpetu que éste, sin tiempo para defenderse, se vió arrojado lejos del lugar donde se bailaba y de bruces en un gran cubo de agua.

Y mientras esto sucedía en el campamento, Johnny, después de hacerse con el mejor de los caballos de la caravana, salió a galope tendido en dirección a Fort Bricher, en persecución de aquella sin la cual ahora ya no podía vivir.

* * *

Carolina no encontró ya en Fort Bricher al teniente Latham. No lo encontró ni le importaba encontrarlo. Desde que se había separado de Johnny sólo pensaba en él. Ya ni recordaba casi el por qué de aquel largo y penoso viaje que se había impuesto. Aunque agradecía el motivo que la indujo a emprenderlo, que le había dado ocasión de conocer al hombre más encantador de toda la tierra.

Decidió, pues, volver a Washington, puesto que no podía seguir al lado de Johnny y que ya el mundo le parecía vacío sin su presencia. Y esto era lo que estaba tratando de solucionar, buscando la manera más cómoda de volver por el mismo camino que había llegado, cuando vio venir hacia ella a un jinete a todo galope en el cual reconoció a Johnny.

Dió un grito de júbilo y fué a él, que ya había desmontado del caballo y le tendía los brazos como amoroso amante.

—¡Johnny!... ¡Oh, Johnny!...

exclamó Carolina, dejándose estrechar fuertemente por aquellos brazos.

—¡Carolina!... — murmuró Johnny, emocionado. Pero dominando su emoción, porque no gustaba de dejar traslucir sus sentimientos, fueran los que fuesen, añadió en un tono un poco despreocupado:

—No pude remediarlo. Creí que podría dejarte; pero cuando me vi solo comprendí que era imposible... No sé lo que Carster significa para ti... — murmuró, acordándose de que era por Carster por quien ella había huido del hogar paterno.

—Yeik Carster no significa nada para mí — replicó Carolina—. ¡Oh, Johnny, no me!...

—¿Por qué no me lo dijiste antes? — inquirió Johnny, que se sentía tan dichoso como si estuviera en el paraíso, estrechando cada vez más fuerte entre sus brazos a la encantadora muchacha.

—Quero que sepas la verdad sobre Yeik Carster — dijo Carolina,

decidida a confesar todo su embuste.

—No, no me digas nada... ¡No me importa Yeik Carster sabiendo que no te importa a tí! Te aseguro que por mí dejó de existir...

—Para mí no existió nunca—aseguró Carolina, sinceramente—. ¡Oh, Johnny, volvamos al Estel!...

—No. Iremos a California. Si nos damos prisa aun podemos alcanzar la caravana.

Carolina sonrió feliz.

—Bien... tendrás que enseñarme a hacer trampas y a marcar las cartas...—dijo, decidida a seguir la vida de su amado.

Johnny sacó la baraja de su bolsillo, la lanzó al aire con un gesto desdénso y dejó que el viento dispersara las cartas, dando a entender que para él se había acabado la vida de tibur que había hecho hasta entonces.

—¿Es de veras eso?...—preguntó Carolina, vivamente emocionada por su gesto.

Y Johnny, siempre dispuesto a embromarla, replicó:

—Conseguiré otra nueva baraja en California...

Se miraron a los ojos como sólo saben mirarse los verdaderos enamorados y se sonrieron felicísimos de haber encontrado al fin su propio amor.

En seguida fueron a alcanzar un carro que Johnny había dispuesto y marcharon rápidamente en busca de la caravana para seguir el viaje hasta California al encuentro del oro que aquella tierra ofrecía prodigamente.

Estas constantes idas y venidas de Carolina llevaban loco a su pobre padre el señor Forst, que iba siguiéndola y perdiendo cada vez más la esperanza de darle alcance.

Así, mientras Carolina cantaba llevada por la dicha que rebotaba en su corazón, camino de California, mecida por el vaivén del caballo, junto al hombre al que amaba de veras, o sentada junto a una de las fogatas del campamento, mirándose en los ojos de Johnny, una de sus bellísimas canciones, el senador Forst sentía desconyuntados sus huesos por las marchas forzadas a que le obligaba la persecución de la niña.

—Hemos pasado ya Fort Bricher, y no estaba allí mi hija. Buscamos la caravana y no la vemos en ninguna parte. ¿Dónde alcanzaremos a esa gente? — preguntaba, desesperado.

—Yo creo que en Sonora, California. Es la ciudad de Yeik Carster—replicó el guía, que no se impacientaba, pues tanto más duraba el viaje tanto más era la ganancia.

que con él iba a realizar—. Yeik y yo—siguió diciendo para entretener al buen señor—solíamos cazar osos antes de hacerse él rico... Yeik casi nunca disparaba... ¡le bastaba mirarlos para matarlos!—aseguró, refiriéndose a la maldad que brillaban en los ojos de Yeik.

De pronto detuvo el carro con un largo:

—¡Soooo!...—gritado a toda voz.

De la sacudida que dió el carro se encontró el senador Forst despedido violentamente y sentado en el suelo. Con una ira mal contenida le dijo a su guía:

—¿Qué hace ahí parado? Siga... siga... que yo continuaré a pie. ¡Me encanta andar!

Al fin, la caravana llegó a California. Iban llegando los carros entre la admiración y júbilo de la multitud que se hacinaba para ver quiénes eran los que venían desde el lejano Este, desde aquellos países que ellos casi habían olvidado y que les traía ahora a la tierra de promisión donde ellos ya habían arraigado con fuertes raíces, porque California era la tierra pródiga y buena que tenía sitio para todos y que nada escatimaba.

Carolina y Johnny bajaron de su carro cantando una de sus canciones predilectas, canción que coreaba el resto de la caravana formando

la música de fondo de aquellas dos voces tan bien acopladas, sonoras y magníficamente timbradas que sabían conmover el corazón de las multitudes.

También llegaron con ellos, acarreando de nuevo el baúl, los dos rusos Gregory y Koppa, que no se separaban de los enamorados, no por cariño a ellos, sino por el estímulo de aquel baúl del que venían cuidando desde su salida de la ciudad, allá, en el tan lejano Este.

Cuando llegaron a la casa que tenía que albergarlos, un enorme caserón de estilo colonial, con su gran patio, su galería y sus balcones, Johnny le dijo a Carolina:

—Me voy a afeitar... Dentro de una hora volveré.

—¿Cuántas veces vas a afeitarte?—inquirió Carolina, al escuchar que iba a estar ausente una hora entera para una labor tan sencilla como la del afeitado.

—Bien... tartaré sólo media hora... Hasta luego, querida.

Cuando cruzaba la galería en busca del barbero, Johnny vió entrar en el patio a un grupo de caballistas capitaneados por un hombre rudo, extraño, salvaje, feroz, y preguntó a la mujer que le acompañaba mostrándole el camino:

—¿Quién es ese?

—Yeik Carster—replicó la mu-

jer, con un acento de temeroso respeto hacia aquel que acababa de llegar.

Johnny no pudo reprimir una sonrisa de triunfo... ¡Entre aquella fiera y él... no había duda en la elección! ¿Y por aquel hombre Carolina se había fugado de su casa? Se encogió de hombros sin comprender. Las mujeres siempre habían sido unos seres extraños.

Yeik Carster hizo alarde de su buena puntería disparando a los objetos que arrojaban al aire sus compinches para darle un blanco.

—¿Qué tal si disparase así contra ti? —preguntó Koppa a Gregory, admirado de aquel certero tiro de Yeik.

—No digas eso... ¡No lo digas ni en broma! Debe de ser el mejor tirador del mundo —replicó Gregory al que no le gustaban aquellas bromas pesadas.

Carster tiró aún dos o tres tiros más y luego invitó a sus hombres.

—¡Ea... a beber todos, muchachos! ¡Vamos!

Johnny, que había presenciado toda la escena, corrió en busca de Carolina que ya se había encerrado en la habitación que le estaba destinada, y la llamó insistentemente.

—¡Carolina! ¡Carolina!

—Pero... ¿cómo! ¿Ya estás listo?

—preguntó Carolina, abriendo la

puerta y sonriendo ante la prisa que se había dado Johnny.

—Hemos de tomar una determinación, Carolina... Yo creí que podríamos prescindir de Yeik Carster, pero ahora pienso que lo mejor es que le digamos la verdad... Carster está aquí y no parece hombre dispuesto a ceder ni una pulgada de su terreno...

—¿Carster?... ¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó Carolina, asustada.

—Lo acabo de ver... Le diremos lo que ocurre... —insistió Johnny que estaba excitadísimo.

—No, no... —replicó Carolina, no menos excitada que Johnny—. No puedo decir... bueno... es que... —balbució, atolondrada, porque en realidad no sabía qué excusa sacar para convencer a Johnny.

—¿Qué te pasa? —inquirió éste, un tanto escamado.

—No... nada... en que verás, yo no sé cómo decirselo...

—No te comprendo, Carolina... Vamos a ver, ¿es que no quieres herir sus sentimientos, verdad?

—Eso, sí, eso —asintió la muchacha, viéndose libertada de su angustia.

—Entonces tú quédate y se lo diré yo mismo —ofreció Johnny, resueltamente.

—¡Oh, no, no! —gritó Carolina, mucho más alarmada todavía por la

proposición de Johnny—. Ya se lo diré yo... tú vete a afeitarte...

—No, no, yo voy contigo—insistió Johnny.

—Es mejor que vaya sola, mucho mejor—dijo Carolina, queriendo evitar que las cosas se complicaran todavía más—. ¿Cuál es Carster? Bueno, quiero decir... ¿dónde dices que está?—se corrigió, comprendiendo que al seguir hablando iba a descubrir toda la mentira que había urdido.

—Está ahí enfrente... —señaló Johnny.

—Bueno, pues vuelvo en seguida... Espérame aquí... Hasta luego...

—Buena suerte—dijo Johnny.

Carolina corrió, decidida a arrostrarlo todo, hasta el lugar donde estaba Yeik y le llamó por su nombre.

—Señor Carster... ¡Señor Carster!

—¿Qué hay? —preguntó en un tono gruñón, volviéndose a ver quién le llamaba.

—¿Es usted Yeik Carster? —inquirió Carolina, atemorizada por la mirada de aquel hombre que conseguía matar osos sólo con mirarlos, según apreciación del guía de su padre.

—Sí. ¿En qué puedo servirle?

—Verá... no se enfade conmigo... pero es que yo... he dicho que era

usted mi prometido—confesó Carolina, arriesgando el todo por el todo.

—¿Qué?... —inquirió Carster en tono fulminante y abriendo unos ojos capaces no de matar a un oso, sino a todo un ejército de lobos hambrientos.

—Sí... y le ruego que me haga un favor... El hombre a quien yo amo y con el cual voy a casarme, cree que usted me ama. Ya sé que no comprende usted todo este lío. Yo se lo explicaré. Johnny es mi prometido, está en la escalera vigilándome... ¡Ah, pero ahora se acerca rápidamente y hay que actuar con prisa! Yeik, perdóname, pero he conocido al hombre a quien quiero de verdad... Yo sé que esta noticia te hará sufrir mucho, mi pobre Yeik, pero tú eres tan generoso que sabrás comprenderme... ¡Perdóname!—dijo Carolina, como la más consumada actriz, ante la estupefacción y la extrañeza de Yeik que no salía de su asombro.

—Vamos... póngase en situación —le suplicó en voz baja, porque ya Johnny estaba muy cerca de ellos. Y luego, en voz más alta, exclamó: —¡Perdóname, Yeik, perdóname!

A Yeik le divirtió aquella comedia y siguió la farsa. Cogió a Carolina por los brazos y le dijo, sacudiéndola sin violencia:

—¡Yo no puedo dejarte!... ¡Nunca hubiera creído de ti tal maquinación!... ¡Carolina, yo no te dejaré nunca, nunca!... ¡Tú lo eres todo para mí... mi vida entera!—exclamó con un acento melodramático capaz de conmover a las piedras.

—No conviene exagerar tanto—aconsejó Carolina un poco asustada.

Pero Yeik estaba ya en el despeñadero y se lanzaba por él vertiginosamente.

—Dime, ¿dónde está ese bandido que quiere robarme tu amor? ¡Probablemente tiene miedo de darme frente a frente!

—Se equivoca, señor Carster!—dijo Johnny presentándose arrogante y valeroso ante aquel hombre al que todos temían.

—¡Ah!... ¿Conque es usted? ¿Y desprecias cuanto yo podía ofrecerte por... por eso?—añadió, dirigiéndose a Carolina y adoptando el tono del más absoluto desdén.

Johnny procuró contener la ira que aquellas palabras le producían, y, moderando sus ímpetus, dijo:

—Es usted un gran hombre, señor Carster, rico y poderoso... Desde luego, si yo supiera que iba a ser feliz con usted puedo creerme que me marcharía de aquí ahora mismo. Pero ella no le quiere a usted, sino a mí... ¡Me quiere a mí!

—afirmó Johnny, abrazando a Carolina.

—Bueno—dijo Carster sintiéndose generoso—. Soy un buen perdedor. Les deseo a los dos buena suerte. ¡Muchachos, vamos a beber a la salud de los novios!

Convidó a todos y brindaron alegremente. Yeik Carster, alzó su copa y dijo su brindis, dirigido a Carolina.

—¡A la salud y felicidad de los enamorados... y espero que tú, muchacha, guardarás un buen recuerdo de Yeik Carster... que te amó... y perdió...!

—Y yo brindo por Yeik Carster, que me amó y perdió... pero a quien no olvidaré nunca.

En aquel momento una señora se acercó a Carster, interrumpiendo aquel brindis, y preguntó muy mimosa:

—Dime... ¿a quién has amado y perdido, mi querido Yeik?

—¡Oh!... Brindábamos por esta pareja de enamorados—replicó Yeik, sin contestar la pregunta que le dirigía.

—Contéstame, Yeik... ¿Quién es esta señorita?

—La acabo de conocer—confesó Yeik. Pero acordándose del pacto establecido con Carolina, quiso rectificar—. Es decir, yo...

—Soy la señora Carster, ¿com-

prende?—dijo aquella señora, dirigiéndose a Carolina—. Y me gustaría que me explicaran... ¿No crees que eres ya demasiado viejo para amar y perder... cariño? —añadió, dando unas palmadas en la mejilla de su marido.

Johnny, al escuchar todo aquello que para él era una verdadera revelación, echó a correr, tratando de huir para siempre de aquella muchacha que le había mentido, que le había engañado, que le había jugado la farsa más grotesca que pudiera concebirse.

Y Carolina corrió tras él llamándole a voces.

—¡Johnny... Johnny... Johnny!... ¡Espera! ¡Yo te explicaré!...

—¡Me has mentido! ¡No has dicho ni una sola palabra que fuera verdad! — dijo Johnny, dolido y enojado.

—¡Oh!... Lo hice para que me llevaras contigo y sólo por esto inventé la historia de Carster... ¿No sabes que para mí no hay en el mundo otro hombre más que tú?

Y como para desmentir aquella rotunda afirmación de la mentirosa más grande del mundo, llegó a ella corriendo el teniente Roberto Latham que la abrazó impetuosamente diciéndole con alegría:

—¡Carolina, cariño! ¡Me has seguido! ¡Sabía que lo harías! ¡Ah,

qué feliz me haces, querida mía! Es mi prometida, ¿sabe?—explicó a Johnny que estaba atónito y como idiotizado por aquellas constantes sorpresas que le reservaba la muchacha más embustera que había conocido.

—¡Roberto, déjame! ¡Por Dios, Roberto! — exclamó Carolina, queriendo desasirse de él.

Pero el teniente no estaba dispuesto a soltarla.

—Déjame mirarte... Soy feliz de verte de nuevo...

—¡Suéltame, Roberto! Luego te explicaré... — gritó Carolina, desasiéndose de los brazos de Roberto y marchando hacia Johnny que de nuevo había emprendido veloz carrera.

Llegó hasta él, seguida por Roberto que quería hallar una explicación a la extraña conducta de Carolina, y ésta presentó a los dos hombres que se miraban con mirada retadora y de odio.

—Johnny... deja que te explique... es el hombre con quien pensaba casarme.

—Pues cástate con él — replicó Johnny, ofendidísimo.

—Exijo una explicación — gritó Roberto—. ¿Quién es este hombre?

—Soy el idiota que la ha soportado durante tres mil kilómetros para casarse con Yeik Carster—ex-

plicó Johnny—. Pero por lo visto, con quien va a casarse es con usted... Debe ser así, porque desde luego no será conmigo... Pero si usted quiere casarse realmente con ella, dese prisa, no vaya a surgir otro exclamando: ¡Carolina... carlino... mi vida!...

Y como al conjuro de aquella exclamación, surgió la voz del senador Forst que se arrojó en brazos de su hija, gritando:

—¡Carolina, amor mío, mi vida! ¿Estás bien?

—Ya ve usted...—murmuró Johnny, mirando a Roberto—. Acabarán formando cola...

—Deja, deja que arrogle cuentas primero con Roberto: quiero que sepas que no me importas ni me interesas nada ni quiero saber nada de ti.

—¡Carolina! Me estás poniendo en ridículo delante del regimiento...—murmuró Roberto con mucha dignidad.

—Poner en ridículo es su especialidad... ¿Quién es ese viejo..., el hermano de Carster?—preguntó Johnny, mirando con desdén al senador Forst.

—¡Pégale de una vez, Roberto!—ordenó Carolina, indignada por las palabras de Johnny que encerraban tan poco respeto para el autor de sus días.

—Pero... ¿qué significa todo esto?—inquirió Forster que estaba hecho un verdadero lío.

—¡Exija una explicación!—gritó, a su vez, Roberto.

—No sé quién es usted, joven—dijo Forster dirigiéndose a Johnny—, pero estoy de su parte incondicionalmente. Está claro que aquí hay un malentendido fenomenal.

—Ningún malentendido—dijo Johnny con aplomo—. Aquí lo único que hay es que esta señorita es una embustera.

—Roberto... ¿es que vas a tolerar esto?—dijo Carolina, con lágrimas en los ojos.

—¡No! ¡Ahora verá ese hombre quién soy yo!—dijo Roberto.

Pero Forster no le dejó terminar.

—¡Cállese la boca, jovencito! No es culpa de Carolina ser embustera... lo lleva en la sangre... Yo soy político, mi padre era político... y naturalmente...

—¡Esto es demasiado!—exclamó Roberto, componiéndose los guantes—. Ya he aguantado bastantes impertinencias y bastante farsa... ¿Qué significa este hombre para ti? Si esperas casarte conmigo debes darme una explicación... Al fin y al cabo he de mantener mi dignidad.

—¡Toma la explicación que mereces!—gritó Johnny, no pudiendo contenerse más.

F E L I Z Y E N A M O R A D A

Y descargó sobre el impertinente teniente tal lluvia de golpes que en un instante le dejó fuera de combate.

Gregory y Koppa miraban todo aquello extrañamente sorprendidos,

en particular el primero, que no podía explicarse que si aquella mujer era su mujer cómo podía ser al mismo tiempo la mujer de Carster, de Roberto y al fin casarse con Johnny...

* * *

En los anales de la historia de California quedó grabado con recuerdo imborrable el casamiento celebrado por Johnny y Carolina que, después de la ceremonia nup-

cial, dedicaron al público que les había acompañado, la más bella, sentimental y magnífica de todas sus canciones.

F I N

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

laid
6/09
15c



10375

